

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: José Toribio Medina: *En defensa de siete voces chilenas registradas en el Diccionario de la Real Academia Española y cuya supresión se solicita por un autor nacional* □ Juana de Ibarborou: *El afilador. Un día*
□ Ricardo Donoso: *Una amistad de eruditos: Ticknor y Gayangos* □
Ricardo E. Latcham: *Los indios del extremo sur de Chile* □ Ma-
riano Picón-Salas: *Notas sobre Keyserling* □ Augusto Pinto:
De nuestro barrio Huemul a la soledad del Atlántico □ Norberto
Pinilla: *Arte y Ciencia* □ Hombres, ideas y libros:
Raúl Silva Castro: *Los últimos libros de Ortega y Gasset* □
Jean Prévost: *La literatura cinematográfica en Francia* □
Hernán Jaramillo: *Algo sobre Hamlet* □ Marcelle
Auclair: *Jean Giraudoux y su última novela: Eglantine* □
Alcibiades Santa Cruz: *Sobre chilenismos* □ NOTICIA-
RIO □ EX-LIBRIS □ GLOSARIO DE REVISTAS

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 ~ Sepbre. 30 de 1927

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

SEPTIEMBRE 30 DE 1927

NÚM. 7

José Toribio Medina

En defensa de siete voces chilenas registradas en el Diccionario de la Real Academia Española y cuya supresión se solicita por un autor nacional.

No me cuento entre los que rinden tan ciego culto a los dictados del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, hasta el extremo de opinar que no merecen observaciones de cualquiera índole, refiriéndome especialmente a los americanismos en él catalogados, y con mayor precisión aún a los chilenismos, mucho más cuando sabemos que sólo en esta última edición XV puede decirse que comienzan a verse consignados con alguna extensión, y que, por eso mismo, la crítica no ha tenido aún ocasión de depurarlos, si así puede decirse. Y esto es lo que ya principia a verse entre nosotros.

¡Cosa curiosa y que puede parecer realmente extraña a los que no están al cabo de ciertos secretos del oficio! Hasta ahora habíamos visto que el gran empeño de los lexicógrafos se

fundaba en el anhelo de que las voces por ellos propuestas como dignas de figurar entre las castellanas, mereciesen ser acogidas en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua; pero en este momento se nos ofrece en Chile el caso en que se pide la supresión de varias, perdonando—según se insinúa—muchas otras que tal honor habían logrado. Pruebas al canto.

Pero antes debo decir que no entraría a romper lanzas por la defensa de las voces de que vamos a tratar, si no fuera que tuve el honor de haberlas visto aceptadas por la Real Academia—no me cabe duda que a propuesta mía, formulada hace diez años por los días que corren,—y pues que ahora un lingüista harto notable las combate, y pudiera así inculpárseme de haber hecho tragar el anzuelo a la docta Corporación, se impone para mí, muy a pesar mío, aquella tarea.

Pues es el caso que don Miguel Luis Amunátegui Reyes, en la página 30 del tomo III de su libro *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*, que acaba de ver la luz pública, comienza por expresar:

«Como he dicho antes, que la Academia, en el Diccionario de 1925 ha dado puerta franca a muchos nombres de animales poco conocidos, voy a indicar por vía de ejemplo algunos que figuran como originarios de Chile, limitando mi enumeración sólo a los que comienzan por la letra c.

Diremos desde luego que los vocablos anatematizados por nuestro autor, dentro de los límites que se señala, son los siguientes; *canquén, catanga, cauque, coicöy, colegial, colicoli, coscoroba* y *cuca*: ocho en total; si bien, después de abogar por que todos ellos se borren del léxico académico, declara que «la necesidad de no dar demasiada extensión a este prólogo, me obliga a dejar en paz a otros muchos animalejos chilenos que, no por la gracia de Dios, sino por la de algún diccionarista empeñoso, han llegado a obtener un inmerecido pasaporte académico». Y es lástima que así haya sucedido, pues, acaso por lo que luego va a verse, sacados esos vocablos a la palestra literaria, podría acreditarse que, cual esperamos demostrarlo con los que se apuntan, bien ganado tuvieron aquel honor.

Comencemos ya con los que *nominatim* se condenan.

«Tropiezo desde luego, nos dice el señor Amunátegui, con una ave llamada *canquén*, a la cual el léxico académico consagra estas líneas:

«*Canquén*. (Del mapuche *canqueñ*). Sustantivo masculino. Chile. Ganso silvestre que los naturalistas denominan *sernicla* (doy en su forma correcta esta voz, que en el párrafo que transcribo está errada) *chiloensis*. Tiene la cabeza y el cuello cenicientos; el pecho, plumas y cola bermejas, y las patas negras y anaranjadas. La hembra tiene en casi todo el cuerpo fajas negras. En algunos lugares es doméstico.

«No niego que en la región más austral de Chile se llame *canquén* a cierta especie de ganso silvestre, pues así lo acreditan don Rodolfo Lenz, don José Toribio Medina y don Manuel Antonio Román; pero es forzoso reconocer que esta voz es completamente desconocida en casi todo el país, y así se explica que no la mencionen don Zorobabel Rodríguez, don Miguel Luis Amunátegui, don Camilo Ortúzar, don Aníbal Echeverría y Reyes en sus respectivos vocabularios».

Si fuera dado atenernos a esta norma, observaré por mi parte, tendríamos que borrar del Diccionario no sólo ocho voces chilenas, sino decenas y centenares, puesto que los lexicógrafos que se citan, en ningún momento hicieron, ni pretendieron siquiera hacer, caudal de nombres de la fauna o flora chilenas. Esto bien lo saben cuantos han hojeado, aunque más no sea, sus obras; y por si alguien lo ignorara, como es muy posible que ocurra en la Península, baste con que notemos que en la de Rodríguez, v. gr., que es la más copiosa en ese orden, sólo se anotan de todo el reino animal y del vegetal, 16 voces, y eso, porque en la generalidad de los casos afectan un sentido metafórico o figurado*.

* Son las siguientes: *cata*, *choroy*, *cucaracho*, *cui*, *diuca*, *guanaco*, *jote*, *lauch*, *loica*, *palqui*, *pequén*, *pillo*, *pirihuín*, *quiltro*, *quintral*, *quirquincho*, *tome*.

En cuanto al motivo de traerlas a cuento, valga para todas esas citas lo que el autor declara bajo la de *guanaco*: «Aunque es el más corpulento de los cuadrúpedos indígenas de Chile, no habríamos hecho figurar su nombre en este Diccionario, si no fuese por el sentido metafórico en que usamos de su nombre...»

Y sin pecar de maliciosos, salta a la vista que no eran las obras de esos lexicógrafos aquéllas en que pudiera registrarse la voz *canquén*.

Si hubiéramos de seguir aplicando esta regla, forzosamente tendríamos que llegar a la supresión de tantísimas otras que se hallan omitidas en ellas. En tal caso se encontrarían, para no hacer mención sino de dos, el *huemul*, uno de los soportes del escudo de nuestra nación, y el *copihue*, que ha pasado ya a ser por excelencia nuestra flor nacional.

Las fuentes para dar carta de naturaleza chilena a esa voz *canquén* eran, pues, otras, que nuestro autor recuerda, pero que, a su juicio, no bastaban para «el demasiado honor que han hecho a esta humilde ave», que tal es la conclusión a que llega. Puede que, trayendo a colación algunas citas, el lector, por lo menos, se aparte de semejante conclusión y halle justificada la inclusión de dicha voz en el Diccionario y libres de censura a los que propiciaron su admisión.

El jesuíta P. Andrés Febrés, en su *Calepino hispano chileno*, impreso en Lima, en 1765, anotaba esa voz *canqueñ*, que traducía «una ave como cigüeña»; y otro miembro de la misma Orden, el P. José García, en su *Diario del Viaje y Navegación que hizo desde su Misión de Kaylín en Chiloé hacia el Sur*, en 1766, refiere que en la Punta Huata salió una piragua en busca de *canquenes*, los que cazaban de la siguiente manera: «echan en la piragua una porción de piedras menudas, y en viendo tropa de *canquenes*, enderezan allá, y tirando las piedras, ya por aquí, ya por allá, los juntan en tropas con facilidad, por estar sin plumas competentes para volar, porque las mudan, y así van juntando las tropas que encuentran y arrean como corderos, pues si algunos se descarrían, con un piedra que les tieren, se incorporan otra vez con la tropa; así los van arriando hasta una barranca con playa, y los hacen dejar el agua, y luego a palos cogen centenares». * Tan singular y extraordi-

* Por no tener a mano la relación original, publicada que fué por primera vez en las pp. 506-599 del tomo II de la obra *Nachrichten von verschiedenen Ländern des Spanischen Amerika*, de Christoph Gottlieb von Mur, Halle, 1811, 8.º, ni

nario resulta el hecho que el jesuíta relata, que parece copiado de lo que viajeros de su tiempo y aún de épocas anteriores refieren de las cacerías de los que nosotros llamamos pájaros-niños y los extranjeros pingüinos.

El franciscano fray Francisco Menéndez en la relación de uno de sus viajes de exploración al lago de Nahuelhuapi, que verificó a principios de la última década del siglo XVIII, hubo también de hacer recuerdo del *canquén*, diciendo que lo había encontrado en una vega «bastante divertida» (ancha), en unión con cierta especie de patos y «otros pájaros que llaman hualas». Y comentando este pasaje, el erudito anotador del texto del religioso franciscano, el Dr. Fonck, agrega: «los *canquenes* frecuentan también los pequeños lagos de la alta cordillera». (T. II, p. 202).

Citas todas esas que van dando testimonio de cómo se viene repitiendo el nombre y algunas particularidades del *canquén*, pero cuya importancia no puede ponerse en parangón con lo que los hombres de ciencia nos enseñan a su respecto. Oigamos, el primero, al célebre naturalista D. Claudio Gay, cuya obra es de sobra conocida para que necesite aplaudírsela. Dice, pues: «*Bernicla magellanica*, vulgarmente *canquén*». Después de describir el macho y la hembra, agrega: «Los *canquenes* se hallan en el Estrecho de Magallanes y van a veces hacia el norte hasta el río Rapel. Abundan en Chiloé y se ven volar en bandadas de más de ciento. Se alimentan de hierbas; dañan mucho a los trigos cuando están verdes, y aun comen los granos... También se crían dichas aves en muchas casas, no sólo por la elegancia de su forma y plumaje, sino aún por su excelente carne... Sería una ave muy útil para los corrales, pues se domestica fácilmente...». (*Zoología*, I, p. 443).

Escribía esto aquel sabio a mediados del siglo pasado, y cabalmente cincuenta años más tarde (1897) otro hombre de ciencia consagraba al *canquén* la siguiente noticia, que lejos de

su reimpresión hecha en el *Anuario hidrográfico de la Marina de Chile*, t. XIV, p. 3-47, copio esas líneas de los *Estudios geográficos e hidrográficos sobre Chiloé*, de Roberto Maldonado C., Introducción, p. LXXXI.

disminuir aquellos conceptos tributados a la importancia que ya entonces se le concedía, resultan de más alcance, todavía. Nos referimos al distinguido marino e incansable explorador de las regiones del sur de nuestro país, don Roberto Maldonado, que en sus *Estudios geográficos e hidrográficos sobre Chiloé*, p. 347, se expresa así: «El *canquén* se cría con las gallinas: vuelan y se van lejos en busca del alimento, para regresar en seguida a su querencia o lugar en que nacieron. Es una de las aves silvestres de Chile que se prestan para ser domesticadas; es muy ponedora, y sus huevos, apreciados como los de la gallina; es sacadora y las crías reconocen el hogar y se acostumbran a la cercanía del hombre. En fin, es una ave preciosa, que no hemos propagado como debiéramos. habita toda la región austral desde Magallanes hasta las Cordilleras Andinas vecinas a Santiago».

¿Cabe, después de esto, que digamos algo más de la importancia del *canquén* en nuestra fauna? Pero si podemos añadir que hoy por hoy, no hay texto alguno de zoología de los que se estudian en nuestros colegios que no describan al *canquén*. Citemos algunos. Así, Philippi, *Elementos de historia natural*, ed. de 1893, p. 94: «Los gansos... En Chile hay cuatro especies silvestres, de los cuales el *canquén* se ve con frecuencia en los corrales del sur....»

Mr. Edwin C. Reed por supuesto que lo incluye en su *Catálogo de las aves chilenas*, 1896, p. 14.

El señor Quijada en su *Curso de Zoología*, p. 130, nos repite que el *canquén* «es el más hermoso de los gansos silvestres de Chile», apreciación que vuelve a formular en su folleto sobre *La Ornitología chilena*, (p. 19), para agregar lo que ya también queda dicho, de ser «comunísimo en Chiloé, donde con frecuencia se ve domesticado en los corrales».

Y concluiremos con apuntar que, según la opinión del R. P. Fr. Pedro Armengol Valenzuela, la voz *canquén* sería onomatopéyica.

Si pues, en vista de tales pruebas, pudo y debió proponerse a la Real Academia la admisión de *canquén* en su *Diccionario*,

en cambio, opino con el señor Amunátegui en que no merecía un sitio en él la variante *cauquén*, propiciada por don Manuel Antonio Román, pues en parte alguna se tropieza con ella *.

El segundo de los vocablos condenados por el señor Amunátegui es *catanga*. No hacemos caudal de la primera acepción con que lo define el *Diccionario*, puesto que se refiere a la Argentina. Notaremos, sí, que en esa parte tampoco resultan bien encaminadas las búsquedas del nombre de que se trata en los autores recordados, y que el único que lo menciona, don Lisandro Segovia, incurre en un error de tal bulto al describirlo, calificándolo de «mosca grande o de escarabajo», que a cualquiera puede dejarlo en la duda de si se trata de un díptero o de un coleóptero.

Por lo que a mi toca, diré que el insecto argentino, o mejor dicho, mendocino, es un coprófago hermosísimo, con élitros de color verde oscuro de reflejos atornasolados y de los mayores de su género que se conozcan; y que el «bicho chileno», como tan despectivamente lo califica el autor de las *Observaciones*, alguna más consideración se merece, si tenemos presente de cuán lejos nos viene su designación quichua recordada por el Inca Garcilaso, hace de esto ya más de dos siglos, y que los egipcios dieron el carácter de sagrado al escarabajo que conocían, no más hermoso por cierto que el chileno, y lo grabaron en sus monumentos.

Tratándose de un insecto, claro está que no nos será posible presentar citas abundantes de su nombre, bien familiar, por cierto, a los entomólogos chilenos. Bástenos con observar que no lo olvidó el Dr. Philippi en sus *Elementos de historia natural*,

* Me imagino que nuestro gran lexicógrafo la acogió para explicar el nombre de Cauquenes, la ciudad y baños así llamados, de que hace caudal en su *Diccionario*. El señor Amunátegui previene respecto a tal etimología que Astaburuaga lo atribuía a las tribus denominadas *cauques*, que también nos parece muy problemática, pues no sabemos que se haga mención de tribu alguna de ese nombre en nuestros antiguos cronistas. Preferible sería decir que pues tenemos en araucano la voz *cauque*, aplicada a cierta especie de pejerrey, de que luego debemos hacer alguna referencia, que de ella procede Cauquenes; o bien, que de la misma voz canquén, cambiada en el habla vulgar la n en u, pero sin reconocer la existencia de tal variante, queda ya dicho, aplicada al ganso silvestre de que hemos venido tratando.

y que algún respeto merece el que lo recuerden Lenz y otro de nuestros lexicógrafos...

Sigamos con *Cauque*. Estoy de acuerdo con el señor Amunátegui en que las dos acepciones figuradas que le concede el léxico académico, tomadas, evidentemente, de la obra de Román (I, 522), son, quizás, puros regionalismos y de significado realmente contradictorio, y que bien pudieran suprimirse. «Reconozco, sigue nuestro autor, que la voz *cauque*, en la acepción de cierta clase de pez aparece en algunos antiguos cronistas de la Colonia y supongo que todavía se use el vocablo en ciertas regiones de Chile; pero puedo asegurar que es completamente desconocido en la mayor parte de las poblaciones de nuestro territorio; lo cual no sería motivo suficiente para incorporar esta palabra en el catálogo de la lengua común».

Vamos por partes. Si en algo vale para la existencia de un vocablo el largo uso que de él se ha hecho, pocos chilenos podrían alegar en realidad mejores títulos en ese orden que el *cauque*. En nuestras *Voces chilenas* ya se trajo a colación las citas que de él hacen los jesuitas Rosales y Olivares, en el espacio de más de un siglo, digamos desde mediados del XVII hasta fines del XVIII, o poco menos; Don Pedro de Córdoba y Figueroa, que escribía entre los años de 1740 y 1745, en la p. 24 de su *Historia de Chile*, dice, hablando de los peces del país, que los hay de varias especies, «como es el róbalo,... el *cauque*...» El abate don Juan Ignacio Molina, en su *Compendio histórico* (*Colec. de Hist. de Chile*, XI, 429): Las especies más estimadas que allí se encuentran son la lisa, la trucha, el *cauque*...» Don Vicente Carvallo y Goyeneche, (pp. 19 y 119): «este río (Andalién) y los demás son excesivamente abundantes de truchas y de una especie de pejerrey que llaman *cauque*...»

Algún valor me parece que reviste el hecho de los numerosos autores, de épocas muy diversas, que citan el *cauque* en tiempos pasados; ni se escapó su mención, como bien se deja suponer, a don Claudio Gay, en cuya obra no sólo se le describe sino que aún se ve dibujado de color natural en la lámina 4 bis de su Ictiología.

En contraposición a lo aseverado por el señor Amunátegui de que el nombre de *cauque* es «completamente desconocido en la mayor parte de las poblaciones de nuestro territorio», oponemos el testimonio del señor Román, quien categóricamente afirma que aquel nombre «se da en muchas partes de Chile» al pejerrey grande de lomo plateado.

Llegamos con esto al *coicoy*, al cual le reconoce el señor Amunátegui menos títulos aún que al *cauque* para figurar en el léxico oficial, con el siguiente título:

«Sustantivo masculino. Chile. Sapo pequeño que recibe este nombre por su grito particular, en que parece repetir la sílaba *coi*. Tiene en la espalda cuatro protuberancias, a manera de ojos, por lo cual se le llama también sapo de cuatro ojos».

Y continúa el autor de las *Observaciones*: «El nombre de este *batracio*, que no aparece mencionado por los cronistas, debe de haber sido inventado por la misma lengua infantil que llama *guau guau* a los perros, y *ñau ñau* a los gatos, denominaciones que son más universales que *coicói* y que sin embargo no han sido amparadas por la Academia».

«Excusado me parece agregar que jamás he oído nombrar al *coicói*, desconocido también para don Zorobabel Rodríguez, don Miguel Luis Amunátegui, don Camilo Ortúzar, don Anibal Echeverría y Reyes y don Francisco J. Cavada».

Resulta de esta crítica que se echa menos que no haya citas del *coicóy* en los antiguos cronistas de Chile; ni tal cosa parece debiera de importar, cuando, como ya lo vimos al hablar de *cauque*, por tantos de ellos recordado, el autor de las *Observaciones* las desestimó por completo; ni menos puede alegarse que los lexicógrafos que trae a cuento no mencionen al *coicóy*, porque los temas por ellos tratados en sus obras se apartan por completo de la enumeración de nombres de nuestra fauna o flora. Pero si, en cambio, hubiera buscado el de *coicóy* en la obra de don Manuel Antonio Román, lo hallaría descrito y habría salido de dudas respecto a lo que llama invención infantil. «Sin duda por el grito o canto que le es propio y que parece repetir la voz *coy*, se llama así en Chile un sapo pe-

queño...» Y lo habría encontrado igualmente en el *Diccionario* del doctor Lenz y en las *Voces chilenas* de Medina; siendo de advertir que lo que estos últimos autores refieren del *coicóy* es nada al lado de lo que el naturalista don Claudio Gay dice de nuestro *batracio*, (que pongo en cursiva, como lo hace el señor Amunátegui, no porque deje él de saber que ese es término castizo, sino a intento de rebajar su humilde condición en la naturaleza...) no ya en tres o cuatro líneas, sino que le dedica dos páginas enteras, como bien lo merecía una especie que es peculiar a Chile.

Estoy cierto que si el impugnador de nuestro sapito hubiera una vez siquiera oído en los apacibles atardeceres del verano y ya entrada la noche, cuando las estrellas refulgen en la limpidez de nuestro cielo, el canto (que no de otro modo puede llamarse) de este batracio que en coro de centenares parecen celebrar con verdaderos trinos, interrumpidos de cuando en cuando, para proseguirlos luego con más energía, la alegría del vivir, no condenara su nombre al olvido. Tan popular, en verdad, que en la fórmula incoativa que sigue, la más larga de las con que los contadores suelen hacer presidir sus cuentos, no deja de recordársele: «Esta era y esta no era doña Juana Tijera, de media caña y de caña entera. Al fin del año, plantó un castaño; cazó un conejo y le salió viejo. Pan y comía pa las monjas de la Floría; pan y vino pa las monjas del camino; pan y miel pa las monjas de San Rafael; pan y sal pa las monjas del Arenal. Yo no me meto con monjas, dijo ña Toronja; yo no me meto con frailes, dijo Pedro Urdimales; yo no me meto en el rancho, dijo el chancho; yo no me meto en bochinchas, dijo el chinche. Pásenme el sombrero, dijo el carnero; pásenme la guitarra, dijo la chicharra. Al pasar el río, me dió mucho frío; al pasar al otro lao, me encontré con un pelao. Sapito *coicóy*, por aquí me voy; sapito rulengo, por aquí me vengo...» *

Ni falta autor nacional que celebre en literatura a nuestro

* *Tradiciones, leyendas y cuentos populares recogidos en Carahue*, p. 257, por don Ramón A. Laval, quien me escribe: «Dice sapito choroy, pero es error evidente, porque no hay tal sapo choroy».

diminuto *coicóy*. Véase si no, el siguiente pasaje de *Hogar chileno*, de Palacios (p. 438): «Otro ruido se oía, distinto y persistente, como una *melopea* monótona y continua. Era el coro de millares de sapitos, más numeroso que las estrellas del cielo, incontables, que cantaban haciendo gorgoritos como burbujitas de agua, diciendo no se sabe qué; pero que los niños interpretan a su manera, del modo siguiente:

«Cuando yo me muera, ¿quién me llorará?, pregunta con voz conmovida y triste el más viejo sapo *coicóy* de la banda, sintiendo próximo su fin.

«Y todos los sapitos, condolidos, le contestan en coro y apresuradamente:

«¡Yo! yo! yo! yo! yo! yo! yo! yo!»

Dejemos con esto en paz a nuestro *coicoy* y en la fama que bien merecida se tiene, y sigamos ahora con el *colegial*, respecto del cual el señor Amunátegui dice que sólo cita esa voz chilena quien esto escribe. Pongamos las cosas en su lugar, y para ello adviértase que ya fué descrita esta avecilla en el tomo I, p. 337, de la *Zoología* de la obra de don Claudio Gay, de cuya descripción notemos los dos párrafos que siguen: «Lo más notable de este pájaro es que su ojo está rodeado de un pellejo membranoso, festoneado de un precioso amarillo; se halla en la mayor parte de la América del Sur y abunda en Chile; frecuenta los ríos y se para de tiempo en tiempo en las piedras o guijarros; según dicen, parece que hace su nido en los barrancos.

«La hembra es de un bruno negruzco y las plumas franjeadas de flavo; las pequeñas y medianas cubiertas alares presentan por su disposición dos bandas flavas sobrepuestas; remigias primarias bermejas...» Y por cierto, que Reed, Philippi, y últimamente don Bernardino Quijada repiten descripciones más o menos parecidas. Y como el impugnador de la voz propuesta por mí no tiene por aceptable que «las nuevas generaciones den el nombre de *colegial* al tal pajarillo», y dije yo que pudo proceder del traje que usaban en tiempo de la colonia los alumnos de ciertos colegios, acaso tenga por más acertada la etimología

que indica aquel último ornitólogo: «cuyo nombre vulgar de colegial expresa su carácter vivo y alegre. En efecto, siempre se le ve en los lugares húmedos y en las orillas de las aguas dulces, de a pares o en pequeños grupos, corriendo sin cesar de un lado a otro». Júzguelo también el lector si tiene o no fundamento la conclusión a que llega el señor Amunátegui, de si lo «expuesto basta para acreditar que no hay razón suficiente para que esta ave figure en el léxico oficial».

Niégame, asimismo, opción a tal honor a *colicoli*, que yo no he propuesto, y me toca defender del reproche que se le opone de que, por ser sólo una especie de tábano, debe suprimirse su nombre. ¡Medrados quedarían los naturalistas si por un momento se siguiese semejante doctrina! Y cuidado que no se trata de variante, sino de una especie tan característica, que los propios araucanos hubieron de bautizarla con aquel nombre, por la franja roja que el insecto de que se trata ostenta en el abdomen. Todavía más: con la extraordinaria particularidad, que constituye para mí un misterio que no acierto a explicarme, cual es, la de que alimentándose de la sangre que chupa, está provisto de una vejiga llena de sabrosísima miel...

Violatoria de la misma doctrina que sustentan los naturalistas y cuantos se preocupan de señalar con distinción los innumerables seres que forman los reinos animal y vegetal, es la afirmación que se adelanta de que, por ser la *coscoroba* «un cisne más pequeño y de cuello más corto que el común, no basta para justificar que cambie de nombre»; olvidándose el impugnador de advertir que su plumaje, a diferencia del de sus congéneres, es completamente albo, formando así contraste con alguno de ellos que muestra parte del cuello de un negro intenso, cuando no el cuerpo entero del mismo color, como sucede, v. gr., con el que vive en Australia.

Pero, ¿es exacto que la denominación de *coscoroba*, o neologismo, como lo tilda el señor Amunátegui, descansa sólo en la autoridad de don Manuel Antonio Román, pues que no vale la pena de tomar en cuenta la de Medina, ya que éste transcribe casi a la letra las palabras de aquel lexicógrafo? Poco al

cabo de los autores a cuya autoridad debió ocurrir se muestra en esa afirmación nuestro impugnador. Pues nada. Ya nuestro abate Molina, para hablar sólo de la edición castellana, había recordado a la *coscoroba* en su *Compendio histórico*, impreso en Madrid en 1784, diciendo: «Entre las ocas es notable la *coscoroba*,... no menos por su magnitud que por la facilidad con que se domestica y amansa, aficionándose de tal modo a los que le dan de comer, que los sigue a donde quiera que vayan. Este pájaro es enteramente blanco, a excepción de los pies y del pico, que son encarnados, y de los ojos, que parecen negros enteramente». (Pág. 434, ed. chilena).

A esa descripción de nuestro primer naturalista, añádanse: las de Gay (*Zoología*, I, 466); de Philippi que nos dice: «En Chile y en la República Argentina tenemos una especie toda blanca, la *coscoroba* y otra con el cuello negro, llamada comúnmente cisne». (Pág. 94). Reed, que menciona como primera autoridad a un naturalista francés, y se cuida bien, como lo hacen cuantos se han ocupado de nuestra ave, de distinguirla del cisne: «Se encuentra en los mismos lugares con el cisne, pero es menos común». (Pág. 15). Y por último, Quijada que en su *Curso de Zoología*, que sirve de texto de estudio en nuestros colegios, p. 130, repite: «Tenemos otra especie (cisne) más escasa, con plumaje enteramente albo, el cisne blanco o *coscoroba*...» De aquí, que creamos que Román tuvo perfecta razón al expresar que es este el nombre vulgar onomatopéyico con el cual debe entrar en el Diccionario.

El último de los vocablos chilenos cuyos títulos para figurar en el léxico académico se le niegan, es *cuca*. Y aquí, será muy conveniente tener presente lo que advertía don Julio Vicuña Cifuentes en sus *Mitos y Supersticiones* (p. 136) con las siguientes palabras: «La *Cuca*, ave mitológica, que nada tiene de común con la zancuda chilena de este nombre que describe Philippi»; que es precisamente de lo que se ha olvidado nuestro impugnador, al prestar fe al aserto de Gay, cuando dijo que: «varios (!) campesinos la miran como de mal agüero»; siguiéndolo también a pie juntillas en aquello de ser ave tan escasa, «casi

mitológica», como interpreta el señor Amunátegui, por el hecho de haber aquel naturalista muerto sólo una de esas aves. Sobre lo que puedo testificar, que el que esto escribe, allá en sus mocedades, cazó dos (¡y cuánto de ello se arrepiente hoy!) en Colchagua, y que tan lejos está de ser mitológica, que su área de habitación, como ya lo expresó Linneo, que fué quien primero la describió, (*Systema naturae*, t. I, Pars. II. p. 629) abarca desde Cayena hasta el Brasil, sin que esto quiera decir, por cierto, que sea abundante, ni mucho menos, en Chile. Al afirmar Gay que «por su grito desagradable y su vuelo tan feo, todo el mundo la desprecia», se contradice, ya que, según su propio decir, sólo mereció ver un ejemplar; sin que logre yo atinar con aquello de la fealdad del vuelo que se le atribuye, que en cuanto a su grito, cabe decir que a él debe su nombre, que no sé que tenga nada de feo. Lo que, a la vez, puede afirmarse es que la *cuca* es una de las aves más hermosas de Chile, y que cuanto se hiciera para librarla de desaparecer de las orillas de nuestros esteros, sería poco.

Ocioso resultará decir que los naturalistas chilenos Philippi, Reed, Quijada no se han olvidado en sus obras de mencionar a la *cuca* en el puesto que merece ocupar en nuestra fauna. Dígase ahora si hay fundamento para sostener que no «debería tener derecho a remontar el vuelo hasta la altura a que se la ha querido colocar»...

Y aquí termina la tarea que muy contra nuestra voluntad hubimos de acometer en defensa de voces chilenas que creemos tienen merecido el lugar que les ha concedido el Diccionario de la Real Academia, y que era necesario acreditar, cuando lo veíamos combatido por un lexicógrafo tan justamente reputado como don Miguel Luis Amunátegui Reyes.

Juana de Ibarbourou

El afilador

ESTE dolor heroico de hacerse para cada noche
Un nuevo par de alas...
¡Dónde estarán las que ayer puso sobre mis hombros
El insomnio de la primera hora del alba!

Día, afilador de tijeras de oro
Y puñales de acero y espadas de hierro:
Anoche yo tenía dos alas
Y estuve cerca del cielo.

Pero esta mañana
Llegaste tu con tu flauta, tu piedra,
Tus doce cuchillos de plata

Y lentamente me fuiste cortando las alas.

Un día

MAÑANA me levantaré de madrugada.
Quiero ver cómo el sol, alfarero barbado,
Va modelando el cántaro de un día
En el torno remiso de este mes de verano.

Como un artista chino pintará al empezar
Una fuga de pájaros y llanuras floridas.
Los siete colores, los siete colores de la luz,
Irán haciendo claro el gris de la arcilla.

Yo marcharé por los caminos en busca de hierbas,
En elección de plantas textiles y aromáticas
Que luego maceraré, ayudadora, sobre la greda.

Cuando el alfarero ponga el vaso en las manos de Dios,
Tendrá también el olor vegetal de las selvas.

Y Dios dirá con plácida sorpresa:
¡Qué brillantes son y qué bien huelen
Mis tierras de América!

Una amistad de eruditos: Ticknor y Gayangos

THE Spanic Society of America, que realiza tan provechosa acción de difusión de las letras peninsulares, ha dado recientemente a la estampa, en un primoroso volumen, la correspondencia que sostuvo, a lo largo de su laboriosa existencia, el autor de la *Historia de la literatura española*, con el erudito polígrafo peninsular don Pascual de Gayangos. Fué la de George Ticknor paradigma de noble y fecunda vida, y su obra, la razón de ser y el fruto de toda su existencia. La cooperación que para realizarla le prestó el notable orientalista español era más o menos conocida, hasta el punto de que Fitzmaurice-Kelly llegó a decir que sin la ayuda de Gayangos el catedrático bostonés no habría podido llevar a cabo su *Historia*; pero ha sido necesaria la publicación de las cartas del norteamericano para apreciar con acierto cuán interesante fué la parte que cupo a Gayangos en la labor de su eruditísimo amigo.

Sincera, larga y leal amistad unió estrechamente a ambos escritores. La comunidad de aficiones, la similitud de sus estudios, la idéntica orientación de sus espíritus—la especialización erudita—dió a sus vinculaciones un vigor que sólo la muerte pudo quebrantar. Tuvieron los libros para ambos esa secreta seducción que ha determinado la formación de todos los eruditos. «Estaba presente el que escribe estos renglones. recordaba

Gayangos en su mocedad, mozo a la sazón de pocos años, pero aficionado ya a frecuentar la sociedad de gente provecta, para quien la vista de un librejo gótico, rancio, semiroto y envuelto en sus primitivas túnicas de ovejuno pergamino, ofrecía mayor atractivo que la de una hermosa y bien ataviada doncella».

Era Ticknor dieciocho años mayor que Gayangos. Fué durante el segundo viaje que el primero hizo a Europa que trabó conocimiento con el joven investigador peninsular, que había obtenido una ocupación en el Museo Británico. Ocurrió esto en Junio de 1838: Gayangos no había cumplido los treinta años y ya tenía un nombre prestigioso en los centros científicos de estudios orientales. El encuentro se verificó en Londres, en casa de Lord Holland: «Me senté a la mesa, escribe Ticknor, entre Gayangos y Head (Sir Francis Head), porque yo necesitaba conocer a los dos. El español, de unos treinta y dos años, hablaba el inglés casi como su lengua nativa, me fué sumamente simpático y me pareció competentísimo en lo tocante a lo español y a lo arábigo, y muy bien dispuesto con toda su benevolencia hacia la obra *Fernando e Isabel*».

Veamos, rápidamente, cual había sido la trayectoria de la vida del que habría de llegar a ser, junto con Menéndez y Pelayo, el más notable historiador y erudito de la España del siglo XIX. Nació don Pascual de Gayangos en Sevilla, el 21 de Junio de 1809. Hizo sus primeros estudios en Madrid, y los continuó en el colegio de 'Pont-le-Voy, donde perfeccionó sus conocimientos de latín y aprendió el francés y el griego. Su afición al estudio de las lenguas orientales se despertó hacia 1828, época en la que estuvo empleado en el Ministerio de Estado de Francia. Por esos mismos días contrajo matrimonio con la dama inglesa Francisca Rebell, y regresó a su patria, entregándose con ardor al estudio del árabe en el Colegio Imperial a cargo de los jesuitas. Desde 1830 se radicó en Madrid, donde luego obtuvo una colocación en la sección de interpretación de lenguas del Ministerio de Estado. En esta situación se hallaba cuando fué nombrado para hacer la traducción y extractar los manuscritos árabes de la Biblioteca Real. Un año entero pasó

consagrado a dicha tarea, perfeccionándose en la lectura de los códices antiguos y reuniendo materiales y documentos para la historia y la geografía de España. Por esta época se le confió igualmente la misión de arreglar los manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional y de la Biblioteca del Escorial. En 1835 pasó a París y Londres a perfeccionar sus estudios de lenguas orientales, y dos años después dictaba una cátedra de árabe en el Ateneo madrileño. A fines de Agosto de ese año partía para Londres, donde habrían de transcurrir tal vez los mejores y más laboriosos años de su dilatada vida, y donde habría de anudarse su amistad con el futuro historiador de la literatura peninsular.

El interés de Ticknor por las cosas hispánicas nació en su primer viaje a Europa, época en la que se despertó su curiosidad por la literatura peninsular. De esa fecha procede igualmente la formación de su biblioteca de literatura española, una de las más notables que existen en el mundo, hoy conservada en la Biblioteca Pública de Boston. Poco después de su encuentro con Gayangos en Londres, y habiendo recorrido la mayor parte del continente, Ticknor regresó a Boston. Desde entonces y por espacio de seis lustros, todo el interés y la consagración del hombre de letras norteamericano estuvo dedicado a la preparación de su *Historia de la literatura española*, de lo que su correspondencia con el erudito peninsular es la mejor prueba. El intercambio epistolar se inicia en 1839, y diez años después veía la luz pública la obra del historiador yankee. ¿De qué habrían de ocuparse estos incorregibles bibliógrafos sino de libros y literatura, en su copiosa correspondencia? Las cartas de Ticknor están llenas de prolijas noticias sobre libros y autores, de referencias a rancias ediciones e impresos raros, y a través de ellas se ve cuán apasionada era su dedicación a la investigación literaria. Gayangos, por su parte, era el bibliógrafo consumado, el erudito que nada ignoraba en lo relativo a las letras de su patria, el agente irremplazable en las adquisiciones y búsquedas, que su amigo del otro lado del Atlántico necesitaba realizar para proseguir su labor. Las indicaciones de Ticknor

son precisas, prolijas, minuciosas, con relación a libros, autores, ediciones, fechas; Gayangos, a su vez, es el más diligente y acucioso auxiliar: le envía libros, catálogos, manuscritos; recorre las bibliotecas y librerías, está al tanto de las oportunidades y no deja escapar noticia sin ponerla en conocimiento de su entrañable amigo. Es sensible, como la editora de este epistolario lo advierte, que las cartas de Gayangos a Ticknor no se hayan conservado, lo que habría permitido señalar con exactitud la parte de cooperación que le cupo en la obra de su amigo, y puntualizar las proporciones de su influencia. La lectura de las cartas que ahora han visto la luz pública, advierte la editora Clara Louisa Penney, hace pensar que la ayuda recibida por el historiador norteamericano de parte del erudito sevillano, para la primera edición de su obra, no fué tan considerable como se ha pensado. Reconoce, sí, que Gayangos era el conocedor más profundo del material bibliográfico y de la historia literaria de España; que proporcionó a Ticknor generosamente todas las noticias que poseía, y que actuó con extraordinaria discreción en la elección y hallazgo de libros raros de no escaso valor literario. Aún más: la verdadera cooperación de Gayangos, su gran contribución de importancia a la obra de su amigo norteamericano, fueron las notas y adiciones que agregó a la traducción española de la *Historia*. Para la segunda y tercera edición de ésta también recibió indicaciones de su amigo peninsular, pero el trabajo original, en su forma inicial, fué exclusivamente de Ticknor.

La obra de Ticknor tuvo, desde el primer momento, la más amplia acogida: en 1852 se daba a la estampa una traducción alemana; de 1851 a 1856 aparecía la versión española, y en 1864 la traducción francesa de J. G. Magnabal. La publicación de la obra de su vida, no fué para Ticknor sino un nuevo vínculo más que lo unió con don Pascual de Gayangos. A mediados de 1856 realizó el hombre de letras norteamericano un nuevo viaje a Europa, determinado por la precaria salud de su esposa, y a través de todos los países que recorrió lo acompañó el recuerdo de la amistad de su entrañable colega, su incurable afición bibliográfica y su apasionado amor a las letras. El 28 de Enero de

1859 fallecía repentinamente William Prescott, uno de los más íntimos amigos de Ticknor, a quien igualmente había prestado el historiador peninsular su cooperación desinteresada de historiador y de bibliógrafo: fué éste un rudo golpe para ambos hombres de letras, pues les arrebatava uno de los más entusiastas cultores del género literario a que con tanto ardor se consagraban. No descuidó por esto Ticknor sus trabajos, y mientras componía una prolija biografía de su lamentado amigo, preparaba una nueva edición de su *Historia*. Las luchas internas de su patria, la repercusión de los acontecimientos políticos en todos los órdenes de la actividad nacional, hacen desde esta época menos nutrida la correspondencia de Ticknor con el erudito español, aún cuando aquél sigue con constante y permanente interés el desarrollo de la vida y labores literarias de la península.

En 1864 apareció la biografía de Prescott y la tercera edición de su *Historia*: este fué su último trabajo; desde esos días su correspondencia se hizo menos copiosa, y el diligente hombre de letras distraía sus horas revisando su obra, leyendo o visitando a sus amigos. Poco a poco se hizo menos activo, aguardando con tranquilidad y paz, como dice la editora de sus cartas, el ocaso de una vida bien y conscientemente vivida. El 26 de Enero de 1871 rendía su animoso espíritu a la eternidad. Gayangos le sobrevivió un cuarto de siglo más, y tuvo una ancianidad laboriosa y fecunda.

Recordemos, finalmente, que dos de nuestros compatriotas sintieron la atracción de estos hombres de letras. Cuando en 1853 Vicuña Mackenna, mozalbete entonces de veintidós años, tuvo el honor de conocer y tratar al eminente William Prescott, allá en su residencia de Boston, sintió la curiosidad de estrechar la mano del historiador de la literatura peninsular. «Yo habría deseado mucho conocer a Jorge Ticknor, apuntaba en las *Páginas de mi diario durante tres años de viajes*, el gran crítico de la literatura española, y sin una indisposición repentina mía, habría tenido ese gusto en casa de Mr. Prescott». Por su parte, don Diego Barros Arana, cuando recorrió prolijamente las bibliotecas y los archivos españoles en busca de materiales para

la historia de Chile, en 1859, tuvo ocasión de anudar la más provechosa y perdurable amistad con el historiador peninsular, a quien ha recordado con palabras de afectuosa gratitud. Anotaba el historiador de nuestro país que en sus pesquisas bibliográficas encontró el apoyo de algunos hombres de ventajosa situación literaria y social, y agregaba: «Debo contar en primer rango entre ellos a don Pascual de Gayangos, bibliógrafo consumado, el primer erudito de España en tales materias, miembro correspondiente del Instituto de Francia, y conocedor a fondo de bibliotecas y archivos, que me auxilió con su experiencia en mis trabajos de investigación, y que me prestó los más discretos y generosos servicios para facilitarme el conocimiento de libros y manuscritos que no se hallaban al alcance del público». La orientación de sus estudios y el carácter de sus obras, además de los vínculos de amistad que los unieron, reúne en un mismo recuerdo esos cuatro nombres inolvidables: Ticknor, Gayangos, Vicuña Mackenna, Barros Arana.

Ricardo E. Latcham

Los indios del extremo sur de Chile: chonos, patagones y fueguinos

ENTRE las tribus huilliches, había una de pequeña estatura, pero de cuerpos robustos y fornidos, que ocupaba la región comprendida entre el Río Bueno y el Golfo de Reloncaví y el Canal de Chacao, especialmente los actuales departamentos de Osorno y Carelmapu. Este pueblo se ha conocido históricamente con el nombre de *cunco*, que quiere decir «racimo». Se dice que esta denominación le fué dada, porque era numeroso.

Al parecer, debido al gran repliegue de los huichilles hacia el sur, consecuente a la invasión de los araucanos en su antiguo territorio, muchas de las tribus de Carelmapu y Maullín, encontrándose más y más estrechadas por este movimiento migratorio, cruzaron a la isla grande de Chiloé. Allí desalojaron a su turno a los *chonos*, quienes, a juzgar por antiguos restos hallados, eran los primitivos habitantes.

Los *cuncos* ocuparon toda la parte norte y central de la isla y algunas de las pequeñas islas del archipiélago de Quinchao. Los *chonos* se refugiaron en el sur de Chiloé y en el archipiélago de Guaytecas, donde los hallamos en el tiempo de la Conquista. Es verosímil que en la isla grande de Chiloé tuvo lugar una fusión parcial entre los *cuncos* y los *chonos*, mezcla que daría a los chilotes ciertos caracteres que los distingue de los *cuncos* de Carelmapu y Osorno.

La ocupación de los chonos todavía se nota en las denominaciones geográficas de muchos lugares, nombres que no pueden explicarse por la lengua araucana, llevada a la isla por los cuncos de tierra firme. Entre éstos pueden citarse los que terminan en *ao* (que son muy numerosos) *ac* o *ec*, *in* o *lin*, *mo*, *chi*, etc.

Los españoles, al tomar posesión de Chiloé en 1567, hallaron el sur de la isla habitado por indios chonos, quienes se llamaban *payos*. No obstante la mayor parte de ellos había emigrado a los archipiélagos de las Guaytecas y Chonos y a las costas patagónicas del canal de Moraleda, hasta el Golfo de Penas.

Al norte de ellos, en Tierra Firme, cerca del lago de Nahuelhuapi, habitaba una rama de la raza pampeana, llamada *poya*, mientras que más al sur, en las faldas de la cordillera, moraban los *caucahues*, pueblo de gran estatura, que pertenecía a los *Vuta Huilliches* o Gente Grande del Sur, y era evidentemente de extracción patagónica. Estos tres pueblos hablaban lenguas distintas y no pueden confundirse.

La etnografía de las tribus que residían al sur del Golfo de Penas, no es muy clara, por cuanto los observadores que los han descrito no emplean los mismos nombres, al hablar de los diferentes grupos de indios hallados por ellos. Todos eran nómades, cazadores y pescadores y se mudaban de localidad en localidad, en busca de su alimento. Cada grupo o tribu tenía nombre propio, sin tener una denominación genérica que los distinguiera como pueblo o nación.

La primera breve relación que tenemos de los *chonos* la debemos al Padre Venegas, quien hizo una misión entre ellos en 1611, y de otra aun más breve del Padre Diego de Torres en el mismo año. El Padre Torres dice: Intenté hacer un Catecismo en la lengua chona, que es más dificultosa en la pronunciación que ésta general (la araucana).

El cacique que informó al Padre Torres respecto de la región al sur de Chiloé añadió «que eran más de mil las islas, casi todas pobladas de tres o cuatro personas cada una... que hay mucha riqueza de mariscos y pescados con el qual se sustentan los naturales de ella y que de ordinario beven aceite de lobo,

por la mucha abundancia que ay de ellos y la mucha falta de agua dulce».

«Andan desnudos casi todos y sólo por la honestidad se tapan con unas hojas algo grandes y duras que arroja el mar en sus playas y riscos; que los que están aquí más hacia la ysla grande en la primera que se llama Guaytecas *crian algunos perros grandes lanudos* los quales trasquilan a sus tiempos y de aquella lana texen sus vestidos, que se parecen mucho a nuestras esclavinas y que son ásperos y que sólo el Gobernador y Cacique Don Pedro del Co, que así se llama, tiene algunos sembrados de papas y maíz, pero es muy poco. Tienen el cabello *rubio* y el color del rostro trigueño, son afables y muy mansos y humildes, pero los Huilles que viven más hacia el Estrecho van totalmente desnudos. Tienen las carnes negras (entiendo que es de las continuas injurias del sol y aguaceros y de las malas comidas, porque no comen más que marisco crudo). Tienen el cabello negro y gordo como cerdas, son más broncos y groseros aunque no son feroces, sino humildes y mansos, sus casas son movedizas, porque haciéndolas como un toldo de cortezas de árboles dobladizas, las mudan donde quieren. Suelen los más ladinos de los Chonos yrlos a maloquear y se sirven de ellos y aun los venden o dan en don a otros».

En la relación del Padre Venegas de los chonos, cuya lengua había aprendido, encontramos: «No conocen tampoco el ganado y las aves u otros animales domésticos, si se exceptúa el cacique, el cual tiene algunas ovejas y uno que otro perro. De allí sacan algo de vestido, pero tan poco que los niños andan casi desnudos, aunque parecen españoles».

«Los jóvenes y adultos tienen una pequeña manta la cual no cubre todo el cuerpo, por lo cual, calentada una parte del cuerpo, tapan la otra para el mismo efecto».

«Como queda dicho, sacan toda su manutención del mar, donde la recogen las mujeres, no haciendo caso en ésto ni del frio ni del calor; ni si se encuentran enfermas, si están en cinta o si recién dieran a luz. El hombre mientras tanto está sentado en casa atizando el fuego o está buscando leña. Estas casas,

empero, son ranchitos tan reducidos, que adentro hay que ponerse de rodillas para no tocar arriba y su longitud apenas es la del cuerpo tendido. En los viages llevan consigo estos ranchitos, a manera de los egipcios».

«El suelo de las islas está cubierto de espesos y espinosos arbustos y se convierte en tiempo de lluvia en charcos. Saliendo, empero, el sol por poco tiempo, desaparece el agua, y la poca que queda se pone toda colorada como sangre y despide mal olor. Nadie la bebe, sino atormentado de una sed insoportable».

Calcula el número de los habitantes de Guaytecas en unos pocos cientos de individuos, y dice que los misioneros casaron unas cincuenta parejas.

En 1766-1767, el Padre García, quien visitó todas estas tribus, en una misión de evangelización, las clasificó como sigue:

«Los chonos desde el sur de Chiloé hasta el Golfo de Penas; los *caucahues* en la costa patagónica de la misma región, aunque originalmente vinieron de más al sur, o sea frente a las islas Guayanecas, al sur del golfo». Entre los paralelos 48 y 49, coloca a los *calenes*, en el continente y los *tayatafares* en las islas Wellington y Campana. Al sur de los calenes se hallaban los *leyecheles* y al sur de los tayatafares, los *yequinaqueres*. Otros nombres de estas mismas tribus son los *coucous* o *caucous*, los *key-yus*, que posiblemente son los mismos anteriores; los *taruchées* y los *poy-yus* o *peyes*.

De todo el conjunto de evidencia, confusa y a veces contradictoria, con un estudio prolijo, se puede deducir que, en las islas y canales al sur de Chiloé, en tiempo de la colonia, habitaban tres pueblos, de lenguas distintas, los *chonos*, los *caucahues*, que parecen haber tenido sangre tehuelche o patagónica, y los indios de los canales al sur de la península de Tres Montes, los cuales, con toda probabilidad, eran tribus fueguinas y que más tarde se replegaron aun más al sur.

No queda claramente establecido, pero existen fuertes razones para creer que los *chonos* pueden haber formado otra rama del mismo pueblo; aunque, según los primeros observadores,

hablaban otra lengua, pero es posible que no era sino un diferente dialecto del mismo idioma, que hoy llamamos alacaluf.

Todos están de acuerdo, sin embargo, que dichos pueblos eran muy diferentes de los araucanos y de los chilotes, en su apariencia, en su lengua y en su cultura.

Al sur de la región de los canales patagónicos, en el territorio, bordeando el Estrecho de Magallanes, en la isla de Tierra del Fuego y los archipiélagos al oeste y al sur de ella, habitaban tres pueblos diversos, conocidos con el nombre genérico de fueguinos. En el continente al norte del Estrecho, se hallaban otras tribus de *tehuelches* o patagones.

Los fueguinos se dividían, como decimos, en tres pueblos distintos: los *alacalufes* que ocupaban la parte occidental del Estrecho y las islas adyacentes; los *yahganes*, que moraban en las costas del Canal Beagle y las islas al sur, hasta el Cabo de Hornos, y los *onas* que recorrían toda la parte septentrional, oriental y central de la isla grande de Tierra del Fuego, desde el Estrecho de Magallanes hasta el sur del lago Fagnano.

Estos tres pueblos eran diferentes unos de otros en caracteres físicos, en lengua y en cultura y a todas luces tenían orígenes distintos.

Los *onas* parecen haber tenido parentesco con los *tehuelches* del norte del Estrecho, como se nota en su gran estatura y formas corpulentas, pero a juzgar por las diferencias que se hallan en su cultura, la separación de las dos ramas debe haberse efectuado hace muchos siglos.

Resumiendo las diversas noticias sacadas de las relaciones dejadas por los primeros navegantes en estas regiones, hallamos al sur de Chiloé, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, siete naciones distintas, que se pueden dividir en dos grandes grupos culturales—la gente de las canoas y la gente pedestre. El primero incluía los chonos, los calenes, los alacalufes y los yahganes y el grupo pedestre, los caucahues, los patagones y los onas.

Es posible que se pueda simplificar aun más esta agrupa-

ción, porque los chonos, los calenes y los alacalufes parecen haber sido ramas de un solo pueblo, del cual hoy sobreviven los últimos. Físicamente eran todos parecidos y las diferencias de dialecto y de detalles culturales pueden explicarse por la infiltración de las costumbres de otros pueblos colindantes. Por otra parte, los caucahues eran, sin duda, de origen tehuelche o patagón, aunque quizá mezclado algo con los chonos. Es de creer además que los onas también tuvieron un origen común con los tehuelches, modificándose después de su radicación al sur del Estrecho, por la costumbre, continuada hasta hoy, de casarse con mujeres yahganes. La separación de las dos ramas de los antiguos patagones y el aislamiento de los onas durante varios siglos en un nuevo medio, en contacto con vecinos de otra índole y cultura, serían causas suficientes para diferenciarlos de los tehuelches que quedaron en la Patagonia, y sintieron después las influencias de los indios pampas y araucanos de más al norte.

Los *yahganes* se distinguían de los demás fueguinos en sus caracteres físicos, en su lengua y en los elementos de su cultura. La forma de sus cráneos los relaciona con el pueblo *paleo-americano*, cuyos restos primitivos de tipo arcaico se han encontrado en tantas partes de las costas del continente. La región que ocupan es la más austral de todas las tierras habitadas del globo y parece que forman el último vestigio de aquella antigua raza, empujado hasta el postrer rincón, donde está en vías de extinguirse rápidamente, quedando en la actualidad menos de cien individuos.

En cuanto se puede deducir por los hechos conocidos, estas hipótesis parecen ser las más lógicas, aunque por el momento no se las puede considerar como completamente comprobadas. Según ellas, tendríamos tres troncos étnicos al sur del paralelo 42° en los tiempos prehispánicos: los *yahganes*, que ocupaban puntos aislados de las costas del Atlántico y Pacífico, empujados hacia el extremo sur del continente por tribus que llegaron más tarde; los *chonos* de quienes se derivaron los calenes y los alacalufes, y que habitaban las islas y canales occidenta-

les hasta Chiloé inclusive, por el norte, y los antiguos *patagones*, de donde se originaron los tehuelches, los caucahues y los onas.

Los primeros dos de estos pueblos troncos eran esencialmente pescadores. Vivían en las costas y las islas adyacentes. Eran navegantes y usaban canoas. Los patagones, al contrario, eran cazadores, gente terrestre, aunque también llegaban a las playas para recoger mariscos o para aprovechar el cadáver de alguna ballena varada en la costa. No usaban ninguna clase de embarcación.

Los chonos del norte y centro de esta región eran los que sufrieron quizá mayores mezclas, ya con los cuncos, ya con los patagones; y la rama meridional o sean los alacalufes, se fusionaron en pequeño grado con los patagones, los onas y los yahganes.

En la actualidad, los chonos, los caucahues, los calenes y la mayor parte de los tehuelches del Estrecho se han extinguido, quedando solamente algunas pocas familias de onas, yahganes y alacalufes en el archipiélago de Tierra del Fuego; y con toda probabilidad, dentro de muy pocas generaciones estas también habrán desaparecido.

Miremos ahora por un momento a las costumbres y la vida diaria de estos pueblos, los cuales y, en especial, los fueguinos, han sido clasificados entre los más primitivos y salvajes que se han hallado en la tierra.

De todos ellos, los chonos que habitaban el sur de la isla de Chiloé a la llegada de los españoles, eran los más cultos, pues habían aprendido ciertos adelantos de los cuncos o chilotes. Algunos de ellos practicaban en pequeña escala una agricultura rudimentaria, aunque la papa y la quinoa parecen haber sido las únicas plantas que cultivaban. Algunos de los caciques tenían pequeñas tropas de *chilehueques* o *llamas*. El Padre Torres nos dice igual cosa de un cacique de las islas Guaytecas que le visitó cuando estaba de misiones en la ciudad de Castro en 1611, y dice que este cacique también tenía sembrado un poco de maíz, pero esta noticia es dudosa y el

Padre no lo había visto. Es probable que la planta que tenía sembrada era la quínoa, que resiste mejor el frío, aunque por otra parte el maíz se cultivaba en la isla grande de Chiloé y aun en la de Calbuco.

Sin tener hogar fijo, los chonos eran más sedentarios que las tribus de más al sur, sobre todo los de Chiloé y durante el tiempo que dedicaban a sus pequeñas siembras y a la cosecha no se alejaban de su morada habitual, pero en el resto del año vagaban por las costas de los canales e islas en busca de mariscos u ocupados en la pesca o caza.

Los de Chiloé y del archipiélago de las Guaytecas habían adoptado la *dalca* o bote de tablas usado por los chilotes y los cuncos de Carelmapu y Golfo Relongavi. Estas embarcaciones eran de una construcción tan particular que merecen una descripción. Se construía de tres tablas largas y anchas, generalmente de alerce o de ciprés. Los indios las encorvaban, colocándolas de canto, entre estacas plantadas verticalmente en el suelo, empleando el agua y el fuego alternativamente para producir las curvas necesarias. Cuando las tablas habían tomado la forma requerida, las ajustaban, dándolas el corte necesario. A la orilla de cada tabla abrían un número de perforaciones y con cordeles hechos de *quilineja* u otras fibras vegetales, las cosían. Las juntas las calafateaban con la entrecáscara o corteza interior del alerce, la cual produce buena estopa.

La tabla que formaba el plan o quilla del bote, la arqueaban en forma de media luna, levantada de proa y de popa. El bote no llevaba timón, reemplazando a éste un remo corto y ancho. Sus dimensiones eran variables y fluctuaban entre cuatro y doce metros, aunque después de la conquista los hacían más grandes. Eran impulsados por remos (de 6 a 20) y a veces por pequeñas velas hechas de pieles de huanacos o de lobos marinos.

Estas embarcaciones se llamaban *dalcas*, nombre araucano de origen cunco.

Durante el siglo XVI este tipo de bote no se halló al sur de la península de Taitao, pero durante el siguiente, comenzó a exten-

derse hacia el sur. A mediados del siglo XVIII había llegado hasta la entrada occidental del Estrecho de Magallanes y un siglo más tarde se conoció también entre los yahganes, hasta la isla de Navarino. En todas estas regiones casi desterró el empleo de la canoa de corteza, siendo reemplazado a su turno por la piragua o canoa labrada de un solo tronco, y es ésta la embarcación más empleada hoy por los fueguinos.

Cuando los españoles ocuparon la isla de Chiloé, comenzaron a fabricar *dalcas* de cinco y aun de siete tablas, en vez de las de tres usadas por los indios, y así las podían construir de mayor tamaño. Los indígenas adoptaron la costumbre y después las hacían de igual manera aumentando el número de tablas, según las dimensiones de la embarcación. Algunas de las más grandes podrían llevar hasta veinticinco personas.

Con la excepción de los que vivían en la isla de Chiloé, los chonos, al igual de los alacalufes, iban por la mayor parte desnudos. Casi el único abrigo que usaban era una especie de manta corta que cubría sólo las espaldas hasta la cintura o poco más abajo. Sin embargo, los primeros que vieron a los indígenas del archipiélago de las Guaytecas, dicen que hacían prendas de vestir de la lana de unos perros lanudos que criaban. Las primeras noticias que tenemos de estos perros las debemos a la relación de Cortés Hoguea—dictada al escribano Goycueta—en que informa sobre su viaje con Juan Ladrillero al Estrecho de Magallanes en 1558. Dice esta relación: «En esta tierra (entre los grados 43 y 47) abitan vnos yndios que traen vnas canoas de tres tablas en la manera que son las de los coronados, empero hablan otra lengua, que los coronados no entienden; estos yndios llaman huylli e son muy balientes guerreros con sus comarcanos, los quales les tienen miedo. Sus armas son lanzas, macanas, puñales de hueso e piedras, *su bestir es de lana de unos perros pequeños lanudos que crían*, su comer es marisco e pescado, qual toman con ançuelos hechos de palo o redes de hilo hecho de la corteza de unos árboles que llaman *guanfu*, de que también hazen mantas. Su abitación

es en las canoas do traen sus hijos e mujeres con las cuales andan comiendo lo dho den ysla en ysla».

Hemos visto que los Padres Torres y Venegas dan las mismas noticias cincuenta años más tarde cuando fueron a estas islas en misiones.

El Padre García, quien escribió en 1767, dice la misma cosa de los caucahues, en cuanto a su desnudez. Describiendo una familia de dichos indios, que encontró por el Canal de Fallos, dice: «Pintado el hombre el rostro y con su plumaje en la cabeza, que eran dos alas de pájaro; el vestido del hombre, así como de las dos mujeres se reducía a una sola manta de pellejitos de *güillin* o gato marino, que les cubre las espaldas y poco más abajo de la cintura, pero no por delante, más ni el hombre ni las mujeres echan de ver aquel natural pudor que causa la desnudez. El adorno de hombre y mujeres es una sarta de caracoles muy menudos puesta alrededor de la cabeza y las mujeres añaden al cuello unos sartos de bromas de palos que parecen hueso. Van con el pelo de media cabeza cortado por temor del maleficio».

Las mantas también las fabricaban de la corteza de un árbol llamado *quantu*, según el Padre Rosales, quien dice que los de Chiloé la usaban igualmente. Los calenes y caucahues usaban a veces los cueros de aves marinas para el mismo propósito, con las plumas hacia afuera, y estas eran las mejores, porque el agua y la lluvia nada las hacían y eran a la vez las que más abrigaban.

Los chonos habitaban cuevas donde estas se hallaban, pero también construían ranchitos primitivos en forma de colmena, circulares o elípticas. Consistían de un armazón de palos encorvados, el cual cubrían con planchas de corteza de árboles, pasto, helechos, cueros de animales, o lo que tenían más a la mano. Raras veces moraban en el mismo punto por muchos días, salvo los que habitaban el sur de la isla de Chiloé o las islas Guaytecas, que se dedicaban a la agricultura esporádica. Por lo demás eran nómades y sólo permanecían en una localidad mientras que la caza o la pesca era abundante.

Los chonos a veces pescaban con redes, pero como las demás tribus de la región, se servían generalmente de harpón. Eran también famosos buzos y se tiraban al mar para sacar los mariscos y moluscos del fondo, como lo hacían también los alacalufes y los yahganes.

El alimento vegetal entraba muy poco en su dieta, pero por ocasión comían bayas, frutas, raíces y tallos. Comían la carne de las ballenas varadas en las playas, aun cuando estuviera en estado de putrefacción. También comían los lobos marinos y delfines que lograban cazar y muchas clases de aves marinas o terrestres. Su principal bebida, si hemos de creer a los misioneros, era el aceite de lobos, a causa de que era muy difícil encontrar agua potable. La causa de esto reside principalmente en que las islas están cubiertas de vegetación y el suelo es formado por una masa de materia vegetal en putrefacción, que es muy porosa y forma pantanos y barriales, y sólo en las partes rocallosas puede estancarse algo de agua más limpia, la que, sin embargo, luego se evapora. Los indios casi nunca peneiran al interior de estas islas y sólo frecuentan las playas de las caletas.

Estos indios tenían dos clases de perros, que les ayudaban mucho en sus cacerías y a los que también enseñaban a mariscar. Es probable que una de estas variedades fuera la lanuda de que hablan los primeros observadores.

Sus armas eran principalmente lanzas y puñales de hueso de ballena o de lobo marino, pero también usaban la honda y el arco para cazar, y el harpón para pescar. Hay razones, sin embargo, para creer que el arco y las flechas se introdujeron entre los chonos y también entre los alacalufes y yahganes, debido a sus contactos con los patagones y onas, que eran pueblos que poco usaban la lanza, pero, en cambio, eran grandes flecheros desde que aparecen en el horizonte americano.

No existe ninguna relación completa y detallada de los indios chonos, pero muchos de los navegantes del siglo XIX hablan de pequeños grupos que encontraron en diversos puntos, y proporcionan algunos datos que son interesantes y que en conjunto nos dan una idea respecto de ellos.

Vidal Gormaz dice que en la parte este de los archipiélagos de las Guaytecas se encuentra el puerto de Melinka. Cuando se desboscaba el terreno para construir el primer establecimiento, se hallaron en él muestras de antiguos cultivos y también hachas de piedra de las que usaban los antiguos indios payas, puntas de flechas y aun los platos de madera de ciprés de que se servían y que todavía están en uso en el sur de Chiloé.

Wallis halló 32 de estos indios al sur de la isla de Chiloé. Dice que eran de mejor raza y de mejores facciones que los fueguinos, pero agrega que eran similares a los alacalufes. Fitzroy dice que en sus días podría calcularlos en más o menos 400. Hablando de los del Golfo de Trinidad, dice: «Eran con mucho superiores a cualquier fueguino de los que habíamos visto, siendo de una raza más alta y más derecha y mejor proporcionada; las piernas las tienen más redondeadas y más musculosas y más llenas que todos los indios que usaban canoas en los estrechos del sur. El ancho de las espaldas, tan notable en los fueguinos, no era tan marcado en este pueblo ni eran tampoco tan feos como ellos. Pertenecen a una raza más hermosa».

«Su alimento es de mariscos y pescado, aves acuáticas, focas, nutrias, etc. Sus habitaciones son cuevas y a veces chozas circulares cuyas estacas he visto. A menudo enterraban los muertos en estas mismas habitaciones, pero por lo común preferían colocarlos en cuevas, tapándolos con ramas».

El Capitán Simpson dice que en tiempos pasados se encontraron en estas cuevas «momias acondicionadas en ataúdes de corteza de ciprés en forma de huevos, pero todos han sido ya removidos o destruidos. Su estatura era baja, y fluctuaba entre 1.55 y 1.60 mt.»

Todo lo que hemos dicho de los chonos es igualmente aplicable a los calenes y a los alacalufes, si exceptuamos la forma de las canoas.

Al sur del Golfo de Penas, los calenes y los alacalufes, como también los yahganes, usaban canoas hechas de la corteza de árboles, en vez de las dalcas o botes de tablas empleados por los cuncos, los chilotes y los chonos. Solamente a principios

del siglo XVIII aparece la dalca en esta región. Todos los primeros observadores hablan de las canoas de corteza. Parece que éstas eran de dos tipos, uno que se fabricaba de una sola pieza y otro que se formaba de tres o más planchas, cosidas longitudinalmente, por el estilo de las dalcas y que tal vez eran copiadas de éstas.

Las primeras se cosían en ambos extremos para formar la proa y la popa. Se mantenían abiertas con travesaños de palo, y a menudo, para darlas mayor firmeza, se colocaban palos largos y encorvados en las orillas superiores, a los cuales se cosían las planchas de corteza. Algunas de estas canoas eran de tamaño considerable, especialmente las de los alacalufes, y en ellas afrontaban las bravezas del mar del sur y aun los furiosos temporales. Se embarcaban en ellas toda la familia, con los perros y todos sus enseres. En pocas palabras, la canoa era, lo más del tiempo, su hogar. En el fondo echaban una capa de tierra y sobre ella hacían su fuego y cocinaban sus alimentos. Hacían gamelas, tazas, vasos y otros artículos de la corteza de árboles y en los más grandes hacían hervir el pescado, por medio de piedras candentes; los mariscos los comían por la mayor parte crudos, y la carne de animales o de aves la asaban o más bien la tostaban, ensartada en un palo, porque la comían semi-cruda.

Para sus canoas, gamelas y otros objetos empleaban generalmente la corteza de una especie de haya (*fagus betuloides*), de tronco limpio. Dicha corteza tiene el grueso de un dedo, es muy consistente y fibrosa y cuesta mucho romperla. Para sacar la corteza, los indios usaban cuchillos de concha, de hueso o de pedernal. Se sujetaban al tronco durante la operación por medio de fuertes sogas de cuero. De esta manera sacaban planchas de seis, ocho y diez metros de largo, haciendo sólo una incisión vertical. La anchura de la plancha era limitada por la circunferencia del árbol.

Durante los últimos treinta o cuarenta años, las canoas de corteza han sido reemplazadas en gran parte por las piraguas o canoas labradas de un solo tronco ahuecado. La fabricación

de una canoa de esta naturaleza demora uno, dos o hasta tres años, según el tamaño. Los fueguinos carecen de hachas, aun las de piedra. Para derribar un árbol, trozar y ahuecarlo se valen del fuego lento aplicado con toda cautela a la parte precisa. Cuando se ha carbonizado algo, lo remueven con cuchillos o raspadores de concha y vuelven a carbonizar otro poco. Con este método primitivo es fácil concebir el trabajo inmenso en que se incurre para dejar terminada una embarcación de regulares dimensiones.

Los alacalufes y los yahganes emplean en la actualidad de preferencia la piragua. Desde su introducción ha desaparecido el uso de la *dalca* en los mares australes, pero persiste en muchas partes el empleo de las canoas de corteza, debido a su más fácil construcción, especialmente en la región ocupada por los yahganes, donde los árboles grandes, a propósito para las piraguas, son más escasos.

Ni los tehuelches ni los onas usan canoas, ni saben fabricarlas. Ocasionalmente los últimos pasan a las islas en las canoas de los yahganes, pero por lo general no salen de la isla grande de Tierra del Fuego y los tehuelches se confinan al extremo sur del continente, al norte del Estrecho de Magallanes.

Entre los alacalufes y los yahganes, la forma más común de las habitaciones terrestres es igual a la que hemos descrito para los chonos, es decir, en forma de colmena. Estas eran generalmente de pequeñas dimensiones y muy bajas, sin tener mayores pretensiones de ser otra cosa que abrigos temporales. Los yahganes también construían otras chozas más grandes, de la misma forma, más bien hechas y más estables. Se usaban especialmente para las ceremonias de iniciación de los jóvenes y niñas, cuando llegaban a la edad de doce a catorce años. Antes eran mirados como muchachos y muchachas, sin importancia en la vida de la comunidad, pero después de su iniciación, eran considerados adultos, ya podían casarse y tomar parte en las deliberaciones del grupo.

Cuando los onas y los yahganes se establecían por algún tiempo en un lugar, construían habitaciones cónicas, de mayor

tamaño, de palos, cubiertas de pieles de huanacos o de lobos marinos, o bien con planchas de corteza de árboles. Sus residencias de invierno, casi siempre las hacían de esta manera, mientras que los alacalufes se guarecían en cuevas.

En el censo de Chile de 1895, hallamos los siguientes datos referentes a los onas: «El número puede estimarse más o menos en 1,500. Descienden sin duda de los patagones a juzgar por la semblanza física. Son altos y corpulentos, de anchas espaldas y miembros proporcionados al tronco y forman una bella raza. La estatura media de los hombres es de 1.83 mt. y de las mujeres 1.67 mt.

«Para construir sus viviendas, excavan ligeramente el suelo, clavan en seguida unas cuantas estacas que ligan con cuerdas en la parte superior, dando a la choza la forma de un cono bajo; alrededor, para protegerla del viento, la rodean de un bajo muro de champas y sobre las estacas colocan unas cuantas mantas o cueros de huanaco.

«Su alimentación consiste en el huanaco, el cururo y los mariscos que encuentran en las playas. Son inteligentes y aun dóciles cuando se les trata bien; los niños se prestan para civilizarlos con suma facilidad».

Los onas, aunque tenían algunas costumbres comunes a los otros fueguinos, se diferenciaban de ellos, sin embargo, en un número de elementos culturales. Como los patagones, vestían largas capas de cueros de huanacos que llegaban hasta los pies y sacaban sólo durante la casa o en sus juegos. En este respecto se diferenciaban de los primeros, en que usaban las capas con la lana hacia afuera, llevándolas los patagones con la lana junto al cuerpo. Las mujeres onas llevaban debajo de la capa, una especie de camisola que llegaba desde los pechos hasta un poco más arriba de las rodillas. En cambio, las mujeres yahganes y alacalufes sólo cubrían las espaldas con una corta capa de pieles.

Los onas casi nunca usaban la lanza o la macana como los indios de las canoas: sus armas principales, desde tiempos muy remotos, eran el arco y las flechas y es probable que dichas armas fueran adoptadas por los yahganes y los alacalufes, después de

ponerse en contacto los tres pueblos, porque en los más antiguos conchales no se hallan puntas de flechas y en los tiempos más modernos los yahganes no las han sabido fabricar, obteniéndolas de los onas en cambio de otros productos.

Los onas tienen una tradición según la cual llegaron a pie, de una tierra lejana de grandes llanuras y que después de su llegada al territorio que ahora ocupan hubo un gran cataclismo que abrió el Estrecho de Magallanes y por esta causa no han podido volver.

Todos los fueguinos procuran el fuego de una manera muy distinta a la empleada por los demás pueblos indígenas de Chile. En vez de frotar dos pedazos de madera, o de taladrar una seca y esponjosa con un palo más duro, usan piritas de hierro y un pedernal para sacar chispas, las cuales recogen en estopa sacada de la cáscara interior de ciertos árboles, en musgo o en otro material que arde con facilidad. No usan lámparas, pero fabrican antorchas de cortezas de árboles, torcida y empapada en aceite de lobo o de ballena.

Los *yahganes* han sido el pueblo quizá más estudiado de todos los fueguinos, especialmente por la expedición francesa. Hyades y Deniker en su monografía dan un gran número de detalles tomados durante un año de residencia entre ellos. En cuanto a sus caracteres físicos, resumen como sigue: «Estatura baja, cabeza voluminosa y relativamente alta, mesaticéfalos con una ligera tendencia hacia la dolicocefalia en los hombres y hacia la braquicefalia en las mujeres. El cráneo estrechado algo en la región frontal, pentagonal visto en «pars occipitalis», y algo achatado en la región cerebral, arcos supraorbitarios muy pronunciados, la cara alargada y en forma de losange y angulosa. Vista de frente la parte frontal es baja, retrocedente y angosta. Mesosemo con ligera tendencia de ser megasemos, los ojos pequeños y derechos, la nariz leptorina y cóncava con puente angosto y anchas ventanillas. Prognatismo poco pronunciado, juanetes salientes hacia adelante».

Según Bridges, a fines del siglo pasado habían 1,000 yahganes; hoy apenas alcanzan a cien.

La misión francesa midió 121 hombres y 118 mujeres. La

estatura media de los primeros era de 1.59 mt. y la de las mujeres 1.49 mt.

Los *alacalufes* que viven por la parte occidental del Estrecho y en las islas cerca de la boca y que antes ocupaban el oeste y norte de la isla grande de Tierra del Fuego, eran distintos físicamente de los yahganes y por otra parte eran muy parecidos a los chonos y calenes de más al norte. Fitzroy dice que los hombres eran los más robustos y las mujeres las más agraciadas de todos los fueguinos. Aunque no muy desemejantes a los yahganes son superiores a éstos pero inferiores a los patagones.

Su estatura es más elevada que la de los yahganes y la Comisión Científica al Cabo de Hornos la da en 1.66 mt. Su idioma es diferente de el de los demás fueguinos, pero en sus costumbres son casi idénticos a los yahganes. Habitan, como hemos dicho, el norte y el oeste de Tierra del Fuego, como también las numerosas islas que forman el Estrecho Brecknock y ocupan una parte de la costa norte del Estrecho de Magallanes en su extremidad occidental. A principios del siglo XIX llegaban hasta la isla Wellington, pero poco a poco han ido recogiendo más al sur. Es casi seguro que formaban un solo pueblo con los chonos y calenes y que en el siglo XVI eran muy numerosos, aunque hoy quedan reducidos a dos o trescientos individuos.

A mediados del siglo XVIII se calculaba en 15,000 los indios que habitaban los canales e islas al sur de Chiloé. En la actualidad no alcanzan a mil y probablemente mucho menos. Los chonos, los calenes y los caucahues han desaparecido, los alacalufes han disminuido a unos 200 a 300, los yahganes a menos de 100 y los onas, que hace cincuenta años pasaban de 2,000, ahora se han reducido a unos 300.

Los yahganes se han recogido a las misiones y los pocos que quedan andan vestidos y han abandonado en gran parte sus antiguas costumbres primitivas. En menor grado, esto ha pasado también a los alacalufes y onas.

Al continuarse la rápida disminución de estos pueblos, no es

lejano el día en que quedarán sólo recuerdos de ellos. Su extinción se debe principalmente al contacto con la civilización y les espera el mismo fin que a los tasmanios y muchas tribus australianas, los indios de Norte América, de la Argentina y otras partes, donde los pueblos cazadores siempre se acaban ante el avance de la agricultura que restringe sus territorios y sus medios de sustento.

Mariano Picón-Salas

Notas sobre Hermann Keyserling

HERMANN Keyserling es uno de esos hombres en quienes el espectáculo de nuestro tiempo se impresionó en filosofía. Es decir, no es un filósofo que a la manera de Kant o Hegel construye un sistema que intenta vivir fuera del tiempo; es como Spengler, un espíritu sintético que después de expresar el sentido de nuestra cultura nos da su esencia reveladora y comprueba lo que en ella se metamorfosea.

Keyserling se ubica en este período que va desde 1900 hasta hoy, agitado momento de disolución y crisis de sistemas y angustioso nacimiento de otros nuevos, para cuya explicación y juicio no bastan los métodos de la filosofía tradicional, ni la estrecha lógica inorgánica del materialismo histórico, sino la mirada vidente de un adivinador y escrutador del caos. Un Spengler, un Frobenius, un Keyserling. Estos hombres han puesto de manifiesto la importancia de lo inconsciente en la historia; no se han aislado en su pequeño islote consciente y desde allí han pretendido fijar las leyes de la historia; conociendo las fuerzas ciegas, generadoras—el «sino» spengleriano, el «Eros» de Keyserling—la lucha de lo consciente contra lo inconsciente asume la lógica orgánica de la vida.

Para este papel de «Realpolitiker», de guiador e iluminador de nuestra cultura, Keyserling se preparó durante más de veinte años. Salía en 1902 de la Universidad doctorado en filosofía, especialista en química y ciencias naturales, con los métodos

y la cautela de la ciencia, a explorar el mundo. Viajó por Europa donde el fenómeno de la vieja cultura occidental se le presentaba estratificado y en situ como una formación geológica. Los exploradores y etnógrafos que habían vivido en Africa o en Insulindia estudiando los pueblos primitivos, traían testimonios de grande interés sobre la vida mental de éstos, que ciencias nuevas como la psicología étnica y la sociología, agrupaban en cuerpo de doctrina y que daban por regresión una explicación clara de muchos complejos de nuestra vida moderna; y Hermann Keyserling que ya conocía el crepúsculo de las culturas, quiso—para diferenciar mejor—conocer también el mundo del hombre primitivo. Hizo entonces alrededor del mundo el «viaje de un filósofo» (*Das Reisetagebuch eines Philosophen*). Volvió a Europa y la revolución bolsevique—el alma oriental revertiéndose sobre Oriente—lo encontró en Estonia. Tuvo la visión y la reflexión de aquellos días intensos, pareció sospechoso a los jefes rojos y se refugió en Alemania, donde en 1920, en Darmstadt, funda su «Escuela de la Sabiduría».

Quiere esta Escuela hacer la síntesis del mundo contemporáneo y sobre todo dar impulsos vivos al «mundo que nace». Pensar para obrar (*Wirken, Schöpferisch*). Salvar en la cultura naciente las oposiciones y contrastes que han producido la muerte de la cultura occidental, oposiciones y contrastes que para Keyserling son entre el hombre y su pensamiento, entre el hombre y la realidad. Dar al conocimiento que hasta ahora ha formado algo aparte de la realidad, el carácter de creador de realidades. (*Schöpferisch Erkenntnis*). Nuestra cultura muere porque carece de unidad, y carece de unidad porque está fundada sobre un elemento intelectual sin relación orgánica con el ser verdadero, es decir, con el ser a quien nutre esa cultura. Está fundada sobre las capacidades. La capacidad es algo exterior que puede adquirirse aún cuando falten las disposiciones naturales y no tiene relación necesaria con la vida misma. Una cultura nueva debe basarse no sobre las capacidades sino sobre el ser, es decir aquello que es el nudo de la personalidad humana. Muere también una cultura porque los elementos que la

informan han perdido su sentido, su significación para el hombre, y esto también ya ocurre con la tradicional cultura europea. Piénsese en el contraste violento entre nuestra civilización exterior y nuestro nivel espiritual. Entre ambos no existe transferencia y comunicación. Nuestro mundo pensante es inferior a nuestro mundo técnico. Keyserling quiere dar al mundo un «sentido»: no un sentido lógico, estético o ético, nada que sea concepto o contenido positivo del pensamiento, sino un principio de vida que anime todo. El hombre debe ser un «Weltürberlegener», cuyo impulso vivo pueda actuar en el tiempo.

Hombre creador, pensamiento creador. El hombre hace el mundo porque este no es sino lo que el hombre se representa. Al representar se apresa al mundo: la representación es una de las formas mismas de la realidad. De aquí que el pensamiento pueda ser creador, porque la realización de una utopía siempre es posible: la naturaleza no constituye un límite, sino un grado determinado de realidad que aún puede sobrepasarse.

Estos conceptos los aplica Keyserling al fenómeno de las culturas realizadas o por realizarse. En cuanto a la vida misma, como posibilidad, la concibe por la relación entre lo que él denomina el «Eros» y el «Logos».

Eros y Logos...

Como en una cosmogonía antigua, Eros y Logos se disputan el mundo. Eros parece indiferenciado, lo obscuro, lo inconsciente en una palabra; es el sentimiento y el instinto, fuerza fundamental de toda creación, pero no la creación misma. Sobre el Eros, el Logos puede imprimir su impulso. El Logos es el creador, El Logos no es el intelecto ni la razón, sino algo más vivo, personal y comunicable. Es el Ser gobernando las cosas, ordenando lo caótico, clarificando lo obscuro. Es el poder creador del hombre. El progreso se realiza por esta penetración y ordenación que realiza el Logos sobre la materia revuelta y germinante del Eros. Por el Logos el hombre puede reaccionar contra la fatalidad cósmica que rodea todas las cosas. Esta reacción constituye la historia.

El Mundo que muere...

Una cultura, que es un verdadero organismo espiritual, muere cuando su expresión no traduce nada de interior, cuando ya no forma un todo en que cada parte supone y recuerda el conjunto.

Frobenius, Spengler y otros filósofos de las culturas, han estudiado sus leyes de evolución y muerte. Al estudiar la muerte de las culturas y singularmente de la cultura occidental, Spengler ha considerado principalmente el fenómeno de agotamiento, cuando después de hallar su expresión última el sentido que estas culturas encarnan, no pueden sino petrificarse. Keyserling considera otros casos: cuando las formas de una cultura entran en contacto con formas nuevas que destruyen su unidad; cuando el estado psíquico de todos los hombres históricamente determinantes, se ha modificado hasta el punto que ya no puede integrarse en el sentido tradicional.

La cultura de nuestro tiempo se ha distinguido de otras que la precedieron, por el predominio del intelecto sobre las otras formas de la vida. El organismo psíquico del hombre ha crecido de tal manera desde el punto de vista intelectual, que por consecuencia de esta transformación, todas las formas culturales tradicionales están en camino de desaparecer. La técnica crea actitudes mentales nuevas. En la técnica, ve Keyserling un elemento transmisible que diferenciará la nueva cultura de las antiguas donde lo inconsciente, lo intransmisible tenía un lugar preponderante. «Aquellas culturas respondían a la imagen que el hombre se hace de la vida de las plantas: estaban ligadas a las contingencias del espacio y del tiempo. Así se explican orbes culturales sin comunicación ni interferencia entre sí, como China, la India, etc. La técnica, por el contrario, es un lenguaje universal, y sus posibilidades, como las verdades matemáticas, son inmanentes a todo cuerpo y espíritu humano y evidentes por esencia. No habrá bien pronto sobre la tierra ningún hombre, por encima de lo normal, a quien la radiografía no parecerá tan sencilla como la tabla de multiplicar. La tecnización del mundo que se realiza en este momento de la historia, produce

la influencia preponderante de las masas, pues ya la cultura no depende de un elemento individual e intransferible—el genio de un Leonardo, de un Miguel Angel, de un Napoleón—sino del desarrollo y aplicación de una fuerza común. Un tipo de hombre característico de nuestro tiempo no es ya el sacerdote, el caballero o el burgués como en otras épocas, sino el chauffeur en cuya psicología descubre Keyserling los rasgos psicológicos esenciales de las nuevas generaciones. El chauffeur—dice—es el primitivo tecnicizado. La aptitud técnica está muy próxima al sentido de orientación en el salvaje; la técnica despierta en el hombre el sentimiento de que es dueño—y tanto más fuertemente cuanto es más primitivo.—He aquí porqué la mayoría de los hombres se modela hoy según el tipo del chauffeur, que todo niño quiere desde luego ser chauffeur, (si él dice a menudo «ingeniero», es en la técnica del chauffeur en la que piensa) y que los primeros tipos representativos del nuevo mundo naciente, con excepción de los guías espirituales, pertenecen en todas partes al tipo del chauffeur. El fascista no es otra cosa sino el tipo italiano del chauffeur, el bolsevique el tipo ruso, y el asiático medio, partidario del progreso, es verdaderamente el chauffeur por excelencia». «De aquí proviene en nuestra época la hostilidad por la tradición y el gusto de primitivos por la fuerza bruta».

En la muerte de la antigua cultura causada por la evolución del intelecto—agrega Keyserling—se trata, pues, de un verdadero fatum, y esta muerte no es sino el relevo de tipos humanos antiguos por tipos nuevos, que en virtud de sus disposiciones innatas no pueden marchar ya por el mismo camino. Pero la muerte del antiguo estado psíquico tiene una causa más profunda que las hasta aquí consideradas, y que por sí sola explica el carácter catastrófico de este fin. Por el deselvovimiento preponderante de los elementos intelectuales en el organismo psíquico, cuya unidad se hallaba así rota, la conciencia, por un tiempo, ha perdido el contacto íntimo con la vida profunda. La conciencia intelectualizada ya no se relaciona con su propiedad viviente, y la vida aparece entonces al hombre desprovista de

sentido, pues sólo puestas en relación con su fondo último, las contingencias de la vida toman algún sentido. La vida, bajo su forma actual, está en efecto vacía de sentido, y esto en razón de nuevas condiciones psicológicas. Sólo los tipos nuevos son capaces de concebirla como una realización del Sentido. De esto depende la vitalidad del tipo del chauffeur y la formidable potencia de los movimientos de que el es el sostén como el bolseviquismo y el fascismo.

El Mundo que nace...

Por lo que ahora produce la agonía de nuestra civilización occidental, pueden deducirse las características de la nueva época que adviene. Un curioso concepto de Keyserling es que la historia universal con la continuidad que le pedían los antiguos filósofos de la historia y cuyo mito destruyó Spengler, empieza ahora verdaderamente, ya que no podía existir humanidad como realidad antes de que lo transmisible tomara sobre lo intransmisible una importancia tan grande que disolviera las unidades raciales y nacionales en la unidad del género humano. De este universalismo es un ejemplo la política que hoy vemos desarrollarse en el mundo, que consulta vastas organizaciones colectivas como antes no se concibieran. El mundo que nace ya no quiere diversificarse como lo hizo a la caída de Roma y durante toda la Edad Media y Moderna, es convergente más bien que divergente. Pensemos, por ejemplo, como el vasto mundo anglosajón gravita en torno de dos grandes centros: Londres y New York; en el movimiento pan-islámico, que aún muy impreciso, parece que revestirá en el futuro una formidable importancia. En la «Unión de los Soviets» que quiere englobar toda el Asia. La idea soviética—dice Keyserling—representa a la vez cuatro tendencias de las más características; la emancipación del Oriente frente al Occidente imperialista, la idea de civilización técnica sin explotación del trabajador, y especialmente la adopción por el Oriente de lo que hasta ahora le faltó: el poder sobre el mundo exterior que en Occidente sólo se contempló bajo un aspecto materialista. ¿Este mundo ecuménico en que sueña Keyserling, no se

realizaría por la mutua penetración de Oriente y Occidente? El Occidente materialista para ampliarse y profundizarse necesita una impulsión espiritual que sólo Oriente puede darle; para Oriente, a la inversa, el materialismo occidental sería un evangelio.

Hay, como en toda cultura que comienza, mucho de primitivo en el mundo actual. Keyserling señala como ejemplo la danza moderna. «¿Por qué se busca hoy en la forma de vida primitiva de los negros, esto que permite manifestar mejor la personalidad? Porque el estado psíquico se ha modificado de tal manera con relación al estado anterior, que las formas tradicionales ya no podrían tener ninguna significación; y como aún no han nacido nuevas formas de vida penetradas de alma e inteligencia, sólo lo primordial puede parecer verdadero y auténtico. Keyserling analiza la crisis porque hoy atraviesa la juventud: su escasa vida interior, su ausencia de sentimientos en el sentido tradicional; su vitalidad que no se manifiesta normalmente sino en los sports.

Este estado actual del mundo, no es para Keyserling, sino el alba transitoria y confusa de una nueva cultura. No es la cultura misma. Los progresos técnicos que en nuestra época han producido el contraste tan bien estudiado por Spengler entre cultura y civilización, al vulgarizarse en el futuro ya no constituirán un problema, no existirá entre la vida espiritual y material del hombre la oposición contemporánea, lo exterior será la condición casi funcional y orgánica de lo interior. El divorcio entre el pensamiento y la realidad no existirá más, y una cultura ecuménica fundada sobre la vida misma, será posible.

Cultura ecuménica del porvenir.

Para llegar a estas conclusiones no ha olvidado Keyserling el fatum histórico. Hay un fatum histórico lo mismo que hay un fatum biológico, y el individuo o los pueblos no pueden reaccionar contra las influencias cósmicas o la herencia, sino dentro de ciertos límites. Pueden transformar o adoptar, pero siempre dentro de una realidad originaria. Las cosas sufren la metamorfosis de la personalidad. Es la razón misma de nuestra biología esta lucha entre lo propio y lo extraño. Un mundo tan compe-

netrado y solidario como lo sueñan algunos pacifistas, no existirá jamás. Pero—como lo proclama tantas veces Keyserling—en la nueva cultura los elementos transmisibles y móviles del alma tendrán mucha más importancia que los intransmisible e inmóviles. Lo consciente influirá más que lo inconsciente. Pensemos en el sentido que tiene el mundo para un hombre primitivo: cuando éste no puede explicar los fenómenos, vive en un mundo fantasmagórico y todo lo que se le evade lo transforma en misterio y magia. De las cosas que no entiende hace totem y tabú. La explicación del mundo en las culturas actuales es por lo contrario, clara y transferible, y por lo tanto universal.

De estos postulados se desprende una serie de consecuencias lógicas:

1. El progreso no logra destruir el *fatum* individual o histórico. Se progresa dentro de este *fatum*. El mundo venidero no será internacional (es decir despersonalizado) sino supra-nacional. Los pueblos conservando su *fatum*, su propia herencia, sus particulares influencias cósmicas, se desarrollarán gracias a la técnica común, a los elementos transmisibles de la cultura, en un organismo ecuménico. (Lo ecuménico, explica Keyserling, no es un estado donde se anulan las tendencias contrarias, sino más bien un estado de tensión extrema, lo que basta a probar que es eminentemente positivo. En el estado ecuménico la mayor parte de los particularismos legados del pasado desaparecerán, pero únicamente para hacer lugar a nuevos, sobre la base de lo común, de lo humano).

2. La cultura del porvenir fundada no sobre la idea mecanicista de las capacidades, sino sobre el ser, sobre el carácter, devendrá aristocrática. Ya conceptos modernos como el de la *eugenesia* son fundamentalmente aristocráticos. El factor cultural tendrá en la sociedad futura una importancia mucho mayor que el que tiene el factor económico en nuestros días, pues cultura será entonces no mera forma de la inteligencia, sino síntesis humana.

3. En las épocas anteriores, el hombre, como lo dice expresivamente Keyserling, estaba aprendiendo el alfabeto del univer-

so «El hombre ecuménico estará de nuevo en situación de vivir. una vida directamente emanada del sentido. Hecho dueño del alfabeto, se esforzará sobre todo en decir alguna cosa en el idioma aprendido. En el estado ecuménico el «homo faber», para recordar la excelente definición de Danzel, se metamorfosea sobre un plano superior, en «homo divinans». El signo anunciador de esto es ya la frecuencia creciente de los dones intuitivos, ocultos y mágicos, así como el despertar de la inteligencia de la realidad psicológica, es decir viviente, a diferencia de las formaciones muertas del espíritu. Así este estado permite, por la primera vez, la realización de los más altos valores humanos, sobre todo del valor de la preeminencia espiritual (Weltüberlegenheit).

4. La cultura que nace debe buscar la integración psicológica suprema del alma, que lo racional y lo irracional produzcan el ritmo orgánico. En nuestra época el intelectualismo ha sido antivital porque no se ha asimilado los elementos irracionales. Keyserling recuerda que las ideas no valen por si mismas, como se ha pretendido en las épocas racionalistas o de intelectualismo extremo, sino como símbolos de la realidad. Las doctrinas son en primer lugar, no verdaderas, sino representativas.

Generar ideas representativas, impulsar el mundo que nace, es lo que quiere el filósofo de Darmstad. El anhela que no se le confunda con estos profesionales de la filosofía en quienes pensar sólo es un oficio. Para pensar bien, para que las ideas se prolonguen en el tiempo, es necesario aprehender el *sentido*:

quien lo aprehende vuelve a crearlo. O como lo dice Keyserling en su fórmula expresiva:

Sinnerfassung = Sinngebung = Schöpfung.

Augusto Pinto

De nuestro barrio Huemul a las soledades del Atlántico

HEMOS dejado nuestro barrio tan animado como siempre. Con sus calles polvorientas bañadas de sol.

La hilera de conventillos arroja fuera de sus chozas, al menor incidente, la turba bulliciosa de sus perros, sus niños, sus mujeres, sus hombres. La cabalgata de los guardianes, que dispersa los grupos primeros, y se lleva al pendenciero y al ladrón, abre un surco en la muchedumbre que se ha hecho compacta, como la rueda en el barrial. Un instante después todo vuelve al mismo estado. En las noches no falta un rincón sombrío donde se inflame la alegría de la cueca. A través de las cuerdas de la guitarra y las voces roncadas de los borrachos, el dolor escondido de una raza se asoma. El chuico vierte entusiasmos en los pechos y prepara las tragedias. Pronto el ladrido de los perros animará el combate de los hombres como estos animaron la pelea de los perros.

Esta es el alma de mi barrio y en ella se modela el alma de los niños.

Vendrá el invierno. La gotera persistente humedecerá la pieza sin fuego; en el lodazal de las calles, irá el niño descalzo, encogido de frío, a buscar algo para la madre... Y después... ¿Quién sabe lo que vendrá?

Sin embargo, hoy los hombres saben como debe educarse la

infancia, y los materiales están en sus manos. ¿Cómo empezar la regeneración? He aquí lo que quisiera saber a mi vuelta.

Vencidas todas las dificultades estamos ya a bordo del «Oriana».

Aún cuando la navegación moderna ha desterrado lo imprevisto, la emoción nos domina. Todo movimiento y todo eco se prolongan dentro de nosotros. Las amarras que se sueltan, las voces de mando, el pitazo de partida, la pequeña zanja que ya nos separa del muelle, las últimas palabras de los amigos, sus pañuelos que se agitan, como blancas alas prisioneras y los besos de la mujer y los hijos ardiendo aún en nuestras carne nos producen un temblor desconocido. De la sombra que está en el fondo de todo paso humano surge queda y grave una pregunta ¿volveremos a vernos?

Entregados al destino, nos alejamos en silencio. Un momento más tarde todo ha cambiado. Del rumor del puerto nada se oye; todo movimiento parece suspendido; los muelles, los edificios van empequeñeciéndose; el hombre mismo ha desaparecido. Sólo quedan manchitas borrosas en las faldas de los cerros. Ahora el esplendor sencillo y profundo del cielo, del mar y las montañas, envuelve al pequeño enjambre que navega.

La tarde cae suave como un consuelo... La fuerza del ensueño renace ante los brazos abiertos de la inmensidad.

Del plano magnífico donde no hay desigualdades descendemos al de la realidad. Una campana sonora, capaz de estremecer a los sordos, nos invita a comer. Entre desconocidos, sin decir palabra, nos sentamos a la mesa. No hay flores, mantel ni servilletas; es comprensible; no nos han traído cuchillo ni tenedor; el plato es de latón negro como los de las cárceles, y nos van sirviendo sin cambiarlo ni lavarlo. Esto es ya repugnante y casi nadie come.

Luego, mientras se distribuyen los camarotes, mi compañero, que nunca abandona el sentido de la realidad, se ha sentado sobre nuestras maletas. Yo me sumo en el horizonte.

Hemos de acostarnos sobre una colchoneta dura, sin sábanas ni cubiertas. Esto puede ser higiénico pero huele mal y nos ins-

pira toda la repulsión del mundo. Así comienza nuestro viaje idealista.

Al amanecer del tercer día llegamos a Antofagasta, estando aun encendidas las lucesillas temblorosas de sus calles. Mientras se da la orden de desembarcar la gente comenta los progresos del puerto; se recuerdan las hazañas de algunos hombres en las luchas políticas, la dura vida de las pampas y alguna fecha dolorosa. Desde el barco el espectáculo es más bien pobre. Altos cerros con sus cumbres arrebuadas en las nubes estrechan la ciudad contra el mar. La aridez de la tierra y el caserío menudo dejan una sensación penosa. Se piensa que están allí para una tarea sin alegría. ¡Cómo cambia, el ramaje de un árbol corpulento, la fisonomía de un pueblo!

Después del asalto de los boteros las cuadrillas de estibadores empiezan su tarea. Pesados lingotes de metal se sacan de las lanchas para depositarlos en las bodegas. Durante todo el trabajo las injurias se mezclan con las voces de alerta. Bañados en sudor, insensibles a la fatiga, realizan sus movimientos como dominados por la cólera. Se diría que son condenados a una faena maldita.

En los demás puertos del litoral chileno se repitieron nuestras impresiones, a excepción de Arica que nos sugirió ideas distintas. Frente al Morro histórico había buques de Estados Unidos, Perú y Chile. Nada se embarcó: ni metal, ni salitre, ni frutos; y nada se dejó, fuera de algún funcionario anónimo y de una simpática chilena que se paseaba entre nosotros con el aire altanero de una reina plebeya.

Nuestro itinerario se cumple regularmente. En el Callao uno de nosotros va a tierra medio temeroso del odio al chileno. En el correo, el mercado, el restaurant y en la calle nadie nos dice ni una palabra de malicia. En un excelente tranvía eléctrico vamos a Lima. En los cortos momentos que vagabundeamos podemos darnos cuenta del esfuerzo de la capital para ser una ciudad moderna. El panorama que la rodea es hermoso. Cortinajes de montañas azuladas cierran el horizonte; vegetación abundosa bajo la prodigalidad del sol que mitigan las brisas del mar cercano. Cielo y porvenir abiertos.

Contrastando con sus palacios vimos, sí, el populacho miserable, la mujer indígena con su cría a la espalda. Esto nos hizo pensar con tristeza en la vida de las serranías tan ajena todavía del progreso. Nuestro pensamiento volvió también al barrio odioso que acabábamos de dejar y a la choza de nuestros campesinos.

Vueltos a nuestro encierro en la proa del «Oriana», tenemos la grata sorpresa de ver que nuestro régimen cambia considerablemente. Fundas limpias para nuestras camas, servicio completo, platos blancos, un sorbo de vino en las comidas y un jarro de té en la tarde. ¿Qué había ocurrido? Sencillamente. Estábamos fuera de la zona peligrosa. El castigo recibido en las costas de Chile es debido a la fama de ladrones que tenemos. *Los rotos se llevan cuanto pueden desprender del barco* es la afirmación corriente entre los empleados de la Compañía. Más tarde oímos decir de los españoles algo semejante. Bravas discusiones mantuvo mi compañero sobre este tema.

Mientras tanto los días pasan bajo el sol ardiente del Ecuador. Las costas que creímos ver cubiertas de bosques nos presentan áridas soledades que nuestra imaginación volando sobre los siglos puebla de humanidades felices. Así, hasta el Canal de Panamá. Desde la entrada a Balboa, con sus islotes cubiertos de jardines, la curiosidad aumenta. Los ojos ávidos descubren, ora sitios deliciosos donde la pareja dichosa puede también aparecer, ora maquinarias hundidas en el fango que recuerdan la derrota del genio francés. La animación general y los trajes vistosos de las damas dan al barco un aire de fiesta. Más allá las colinas se adormecen ante el cielo radioso. Sobre nosotros el rumor de un aeroplano que vigila, y más arriba aún, como respondiendo a un desafío, el vuelo seguro de grandes aves negras.

Estamos frente a las enormes puertas de hierro de la esclusa. Luego, un hilo de luz aparece entre ellas mientras se van abriendo lenta y silenciosamente. El inmenso estanque queda ante nuestra vista con sus altos murallones desnudos, majestuoso como un templo. Remolcados por pequeñas locomotoras, avanza-

mos hasta el fin y las compuertas vuelven a cerrarse tras nuestras espaldas. Desde el fondo surge el agua que llena la esclusa levantando la pesada mole de la nave una decena de metros sobre el nivel del mar. El interés de todos se desata en averiguaciones y comentarios. De lo que fueron selvas y cerros perdidos en la fiebre del trópico el genio del hombre ha hecho una arteria del mundo. El agua domada también como el fuego. Contenida su fuerza devastadora, entra y sale, mesurada, dócil, casi sin ruido, obedeciendo la voluntad del amo. Ah, si un día recobrara su libertad, saltando sobre los muros de piedra. Algo dice de la fiera temible ese gruñido sordo que viene de abajo.

Después de atravesar el pequeño lago Miraflores dos nuevas esclusas nos permiten subir unos quince metros más y seguir el estrecho canal que se dilata en el lago Gatun. La vista se extasia contemplando los rincones misteriosos donde los brazos del agua se extienden, tentando bajo la fronda el seno tibio de la tierra.

Entrada ya la noche salimos del Canal. Hemos descendido otras tres esclusas y estamos en Colón. Ciudad exótica nos pareció en los breves instantes que pasamos bajo sus portales. Había llovido con frecuencia, el aire estaba fresco, oloroso. Una muchedumbre abigarrada paseaba frente a las vitrinas llenas de luz. Llegamos hasta los barrios oscuros del placer plebeyo, donde los marinos de todas las razas beben, cantan, estrechan la hembra y se van. La alegría bulliciosa de los rubios se desataba paralela a la de los negros, aunque estaban en los mismos sitios y era igual el afán que los movía.

Volvimos al barco trayendo el perfume lujurioso de sus flores y la pena de ver a los hombres tan extraños los unos a los otros.

Mientras dormíamos el buque ha zarpado.

Fuga continua de todo. Del hogar que mis sentidos no perciben, de la tierra natal que no sustenta mis pasos, de los pueblos que vimos, de los mares que surcamos, de las aves, las noches y las auroras que pasaron. Oh, juego de las cosas en el alma del viajero!

Hace dos días que dejamos la Isla de Jamaica con sus cerros, sus palmeras y sus nubes recostadas en el mar.

Ahora estamos en La Habana. Fin de etapa y comienzo de otra. Gran movimiento de pasajeros. Cerca de doscientos trabajadores españoles con sus mujeres y sus hijos repletan nuestra sección. Como no hay camarotes suficientes se amontonan en los rincones y duermen sobre las mesas. Son emigrantes que han venido a la América en busca de bienestar y deben de volver a terminar sus días en la miseria, allá en su patria; muchedumbres latigueadas por todas las amarguras.

Hemos dicho adiós a las aguas tranquilas del Pacífico, al sol ardiente, al cielo puro y a las tierras salvajes de la América, y ahora avanzamos en la vasta soledad del Atlántico inquieto. La nave hiende las verdes aguas y de la blanca herida sube un murmullo dulce que recuerda algazaras de niños y canciones de madre. ¡El Mar! Emoción indefinible y profunda. ¿Qué palabras de ternura para decir de él cuando duerme inocente bajo el velo de la luz que le cubre? ¿qué expresiones fugaces para seguir la onda traviesa que persigue a su hermana, se enrosca, revienta en espuma, suspira y se pierde? Del incendio de la tarde ¿cómo retener la orgía de colores? y en la noche estrellada cuando todo el esplendor se refugia en los cielos ¿qué plegaria humilde musitar al infinito? Si la sencilla majestad del mar en calma escapa de nuestro lenguaje; como revivir la belleza inaudita del huracán?

Le hemos visto. Un estremecimiento de escalofrío agita sus aguas; la niebla cierra el horizonte, oculta el cielo, nos estrecha como en una caverna. Los ojos no ven ruta alguna sino las trizaduras de fuego que traza el rayo en la noche que nos sepulta. La lluvia cae con fuerza y el viento silba en cada cuerda como si un nudo de serpientes mordiera en ellas. Las olas saltan en la cubierta parecidas a monstruos que buscaran su presa, y el trueno rueda desde lo alto como la voz de combate de un dios implacable.

El frío eriza nuestra carne temblorosa. Todo cruje en el barco

que sube y baja objeto de todas las cóleras. Los marineros que maniobran envueltos en sus negros impermeables parecen seres de otro mundo venidos a la hora del peligro.

¡Poema del mar, que despiertas las viejas voces de guerra del hombre frente a la muerte quien pudiera cantarte!

Norberto Pinilla

Arte y Ciencia

A D. Julio Vicuña Cifuentes.

POR medio del "garfio lingüístico" que es una conjunción, podemos formar para su estudio la pareja cultural: *arte y ciencia*. El par anterior tiene por objeto que con su confrontación los conceptos muestren sus contrastes y similitudes. Pues anhelamos poder marcar puntos señeros que indiquen la provincia científica y la artística.

¿Diferencias, semejanzas entre ciencia y arte? Desde luego, y antes de entrar en lo sustantivo de cada una de estas manifestaciones de la civilización, tenemos la diferencia terminológica: dos denominaciones. Pero la diferencia lexical es periférica, aunque marca vagamente un punto en el mapa intelectual que tratamos de trazar.

¿Mas, en qué consiste la disparidad de estos dos modos de representarse el mundo? En el breve ensayo presente sólo consideramos las bellas artes y las ciencias puras. La teoría es el hilo que nos sirve para salir del laberinto de los sistemas filosóficos. Veamos. El conocimiento, según B. Croce,* posee dos formas; una lógica, la segunda intuitiva; es conocimiento por la inteligencia o por la fantasía. En otros vocablos se conoce por conceptos o por imágenes. El pensador napolitano sinonimiza

* *Estética*, Madrid, F. Beltrán, 2.^a ed., 1926.

conocimiento conceptual con ciencia y conocimiento intuitivo con arte.

Al meditar en estas dos formas del conocimiento, vemos que la diferencia tan clara en un comienzo se confunde pronto; porque uno y otro se engarzan y complementan. El conocimiento es en grado más o menos equivalente conceptual e intuitivo. No existe divorcio entre estos dos modos de aprehensión cognoscitiva*. ¿Por qué el estético italiano hace del arte el representante del conocimiento intuitivo? Quizá porque el *modus faciendi* artístico es personal y el conocer por intuición lo es también. Pero nosotros pensamos que el conocimiento, sea intuitivo o conceptual, conduce por vía directa hacia ese *valor* llamado *verdad*. El arte tiene otro fin, fin que veremos luego.

Si no podemos trazar una cesura entre arte y ciencia, valiéndonos de las formas del conocer, debemos buscar otro procedimiento. Pero antes de atacar el asunto por el principio finalista, deseamos hacer una pàrvula excursión por otro lado. Se dice—y con bastante razón—que la ciencia es impersonal, es decir, que la misma obra científica puede ser estudiada, elaborada por muchas personas a la vez. Los métodos científicos son objetivos, o sea, pueden ser manejados por cualquier hombre psicológicamente capaz. El arte, en cambio, es personal, en otras dicciones, es producto debido a individuos determinados. La manera de operar en las bellas artes es peculiar de cada artista. No hay dos pintores, ni dos novelistas que tengan idéntico método. Ello se debe a que en éstas se trata de casos singulares, en aquélla de principios generales. La ciencia es sistema intelectual puro de carácter objetivo; el arte, sistema emotivo-intelectual de linaje subjetivo. Hemos anotado diferencias generalmente aceptadas y muy conocidas.

La manera de reaccionar del hombre ante el espectáculo de la naturaleza y ante el paisaje psíquico, puede ser, y es de

* Para una información más completa sobre conocimiento *intuitivo* y *discursivo*, véase: Pedro León Loyola. *Lógica Formal*, Santiago de Chile, I. Universitaria, 1927. Opúsculo magnífico por la claridad en la exposición de la doctrina y por la riqueza bibliográfica.

verdad, distinta. La especial actitud del sabio para concebir el cosmos difiere radicalmente de la del artista. Concepciones que al ser expresadas toman, en los casos particulares que nos ocupan, el nombre de *ciencia* en el primero y de *arte* en el segundo.

La verdad es *valor* de formación colectiva; la belleza es *valor* de estimativa personal; pero asimismo se elabora socialmente. Y bien, estos dos valores son la meta a que aspiran la ciencia y el arte. Todo conjunto de teorías tiene por objeto desentrañar la verdad; las artes tienen como finalidad la belleza. Luego, atendiendo al finalismo de cada una de estas manifestaciones de la cultura humana, tenemos que las diferencias son claras y precisas.

Anotadas las disparidades entre arte y ciencia en los párrafos anteriores, nos resta intacto uno de los propósitos al iniciar nuestro estudio: la semejanza que estas dos actividades de la vida espiritual tienen.

¿Es que puede haber parecidos entre ciencia y arte? La respuesta no va a continuación, pues nos vamos a remontar brevemente en la historia del pensamiento humano. El filósofo griego no supo distinguir las artes de las ciencias. Semejante error es explicable tres o cuatro centurias antes de J. C. Sin embargo, pareja falta la vemos repetida en Francisco Bacon—uno de los fundadores de la filosofía moderna. Mas esta confusión no nos indica sólo un error filosófico, nos demuestra que estas dos maneras que posee el hombre culto de simbolizar la realidad tiene alguna semejanza.

Volvamos, empero, a nuestra interrogación. En el sector de la vida psicológica tenemos un grupo de fenómenos asaz importantes: *los de la actividad de la creación*. La acción creadora hace que estas simbolizaciones sean cognados intelectivos, porque no tendríamos ciencias ni artes si no fuese por esfuerzos de voluntad, esfuerzos que se truecan en labor placentera y dolorosa.

Además, en las artes y en las ciencias se emplea la observación, aunque los resultados de las primeras son concretos y los de las doctrinas científicas abstractos. J. Stuart Mill dice, pensando, posiblemente, en las semejanzas de unas y otras: «No

olvidemos que no solamente la ciencia es la base de la escultura, de la pintura, de la música, de la poesía, que la ciencia misma es poesía. La proposición del filósofo nos dice además que la ciencia suministra materias intelectual-abstractas que en el arte se transforman en sensitivo-concretas.

Podemos, pues, concluir diciendo que el territorio científico es distinto del artístico; pero limitan en buena parte de su extensión.

* * *

Al reeler la presente glosa nos hemos dado cuenta que tiene cierto sentido polémico. Ello es debido a la pluralidad de interés que el asunto posee y la especial estimativa que cada época da a los problemas del saber.

Hombres, ideas y libros

Los últimos libros de Ortega y Gasset

EN la España contemporánea la figura de José Ortega y Gasset se yergue señera y con relieve personalísimo. La soberana independencia de su criterio; la seriedad legítima, sin sombra de histrionismo, de su juicio; el brillo y vigor de su incomparable estilo; la universal cultura que demuestra su inteligencia, flexible y vivaz, siempre apta para acoger todas las excitaciones del ambiente, hacen de este pensador uno de los individuos más interesantes de la presente hora española. Pero tiene este escritor un carácter que no es familiar en su tierra. Es la universalidad—no vano cosmopolitismo—de sus preocupaciones, estudios, lecturas y puntos de vista, opuesta en grado insigne a la provinciana y estrecha consecuencia del español corriente, sea escritor o no lo sea. Este pensador vive atento al minuto que pasa, y ningún sector de la vida humana le es ajeno.

Periodista, y de los maestros, es Ortega y Gasset, aún cuando trate de las más permanentes cosas en el más reposado de los tonos; porque es de periodista esto de vivir siempre alerta, captando lo nuevo al sentirse su primer vagido. Pero el autor de «El tema de nuestro tiempo» tiene una virtud que no posee ni podría poseer jamás, sino por excepción, un periodista. Es su ecuménica cultura, el reposo intelectual que se advierte en su formación de estudioso, la solidez de su criterio y el hábito de reflexión que una educación severísima y prolongada durante veinte años dejó en su conciencia. Alguna vez el mismo escritor ha recordado sus largas jornadas de estudiante en una vieja

ciudad alemana en donde todo gira en torno a la venerable Universidad. Los mejores profesores fueron entonces sus maestros, y los secretos de la metafísica, los laberintos de la lógica, la maraña de la filología, todo el bagaje cultural que puede transmitir a un hombre una admirable institución docente, pasó al cerebro y a la sensibilidad de este hombre ejemplar.

Vuelto a su patria, Ortega y Gasset ha adoptado la actitud del *espectador*: ve pasar la vida, observa el fluir de los acontecimientos del mundo, pero no olvida hacer de ellos series lógicas, acotar campos propicios al juego de su pensamiento disector. Y este espectador, por esto, es un espectador que en su aparente descanso no reposa, sino que ejercita hora por hora la gimnástica de la lógica y hunde en los hechos y en las ideas una mirada tan certera, que vale por una disección. Su pensamiento está encuadrado en método tan severo y la formación de sus instrumentos es tan rigurosa, que en su criterio resplandecen las luces de una claridad singular. La trivial opinión de pseudo-letrados que atribuyen a Alemania la tenebrosidad de cierta filosofía, tiene en este escritor un desmentido facilísimo. En tierra germánica educó, afinó y depuró Ortega y Gasset, durante lustros, su sensibilidad y su intelección. ¿Y quién, al leerlo, ha podido tachar de obscura su forma o su idea? No sólo es claro su pensamiento, sino que difunde claridad. En cada hecho o idea que examina logra colocar una luz que antes no existía. Gracias a ella podemos ver cosas que no habríamos sospechado sin el concurso de ese testimonio inteligente.

Ahora bien, Ortega y Gasset ha publicado en el curso de los últimos meses un número crecido de libros. El objeto de estas líneas no es otro que especificar algunos caracteres de estas obras cargadas de pensamiento y ligadas, por tanto, a una vida superior. Los libros de que vamos a tratar son cuatro: «El espectador», tomos V y VI; «Espíritu de la letra» y «Mirabeau o el político». Todos ellos han aparecido en el curso del año, si bien algunos importantes fragmentos de los dos primeros tienen fechas muy anteriores. Todos ellos, también, son en mayor o menor grado, glosas oportunas de la realidad. Pero la palabra glosa debe tener

aquí su más lato sentido. El comentador se siente llevado, a través de los temas que escoge, hacia las más lejanas sugerencias. A veces su artículo es todo una pura digresión, y el hecho escogido—libro, obra artística, acontecimiento de la vida general—sirve de sostén impreciso a una arquitectura conceptual que no depende de él. Este procedimiento digresivo llega a su culminación en «Mirabeau o el político», ensayo que por su longitud podría contener algo más que el tema enunciado en su título, sin pugnar con su propia índole. Pero no nos adelantemos.

* * *

En 1916 emprendió Ortega y Gasset la tarea de recopilar en tomitos de breve tamaño algunos de sus trabajos literarios y filosóficos. Esta colección, a la cual quiso dar el autor una periodicidad no rigurosa, recibió el nombre genérico de «El espectador», de ilustre prosapia literaria. Y esta empresa, que Ortega y Gasset calificó de «obra íntima, para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el «gran público», que debería, en rigor, aparecer manuscrita», es uno de los mayores éxitos de su autor. Reediciones de los primeros números y gran venta de todos los demás son los índices de la acogida que tributó el *gran público* a «El espectador» y de la actitud que conserva respecto de él. Pero este público, a pesar de agotar las tiradas de los libros de nuestro autor, apenas puede ser calificado de grande. Está compuesto, eso sí, por fieles y devotos lectores de Ortega y Gasset, distribuidos en todas las latitudes. Pero es tan constante y firme la adhesión de estos lectores, que cada obra del escritor, adquirida a la vez por los diez o veinte recogidos admiradores que en cada población importante de habla castellana tiene Ortega y Gasset, dura poco en los escaparates de las librerías. El *gran público* de este pensador no es, pues, un público extenso como el de un novelista pornográfico o arcaizante, sino un conjunto de muchos pequeños núcleos de fieles lectores de su obra.

El tomo quinto de «El espectador» se abre con un dilatado ensayo sobre un grupo de ideas que se presentan al escritor a medida que atraviesa la llanura patética de Castilla. Lo que parece simple correría se convierte en desfile de ideas; lo que al principio amenaza no ser sino relato de un viaje en automóvil es pretexto para esbozar teorías y para lanzar pensamientos que tienen vida duradera. Y de pronto, sorpresivamente, el autor entra en materia. La contemplación de unos soportales le recuerda una época, ya ida, de la existencia española. En ese período se acometían y realizaban obras de gran esfuerzo, como hacer soportales que protejan al transeunte de la lluvia y que tienen una admirable adecuación comercial. Ese acto de librar al hombre de las molestias inherentes a la vida natural es el primero en que se revela el designio oculto de los constructores de ciudades. «La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él sólo porciones selectas, pulidas y acotadas».*

Luego, a medida que marcha, el autor para mientes en los castillos, altaneras construcciones que a espacios irregulares interrumpen la monotonía azul del horizonte. Ellas son las que le han de proporcionar materia para las cien páginas del ensayo. «El derecho señorial lleva en su raíz misma la guerra»; «el castillo presupone la guerra cotidiana, la vida como beligerancia»; «...el asán típico de la época muestra que aspira donde quiera a la integración de los opuestos y no a la exclusión»; «el arte y la pura ciencia viven de ser problemas, y sólo pueden interesar sinceramente a gloriosos equipos de aventureros»; he aquí, cogidos al azar de la relectura, unas cuantas de las numerosas observaciones que prodiga el ensayista en estas páginas que titula «Notas del vago estío». Cada una es el centro o el origen de una disquisición llena de ese sostenido fuego que pasa por todas las páginas de Ortega y Gasset.

Más, mucho más concentrado se muestra el pensamiento del escritor en tema muy diverso, como es el que trata a continua-

* «Espectador», tomo V. pág. 17.

ción. «Es falso, es inaceptable—dice*—pretender seccionar el todo humano en alma y cuerpo. No porque no sean distintos, sino porque no hay modo de determinar dónde nuestro cuerpo termina y comienza nuestra alma». Y en seguida un análisis penetrante y sutil nos conduce a distinguir en «el todo humano» tres sectores que el autor llama «Vitalidad, alma y espíritu». Significa esto dar a la persona las *tres dimensiones* que van a permitir al pensador establecer, más adelante, indicaciones muy sugestivas para multitud de disciplinas, entre las cuales puede citarse la *caracterología*, motivo del párrafo sexto de este trabajo, el más considerable de todos los que lo componen. Entendemos que son simples ampliaciones de estas ideas los artículos que sobre el amor ha venido publicando Ortega y Gasset en la prensa española y bonaerense en los últimos meses. Cuando sean reunidos en volumen podremos seguir en ellos, de modo menudo, el desarrollo de estas observaciones que hoy debemos contentarnos sólo con aludir.

Finaliza este quinto tomo del *Espectador* con un breve artículo, «Fraseología y sinceridad», que es muy ameno alcance a cuestiones ya tratadas en el ensayo anterior, si bien ellas están miradas desde otro punto de vista.

* * *

Tomo VI de «El Espectador».—Tiene este otro tomo un carácter sobradamente periodístico. Su contenido es de pequeños ensayos filosóficos, de artículos llenos de actualidad y de una conferencia—admirable, por lo demás—o discurso sobre el arte romántico. El primer trabajo del libro es un artículo titulado «Dios a la vista», en que Ortega y Gasset muestra una vertiente que hasta hoy había ocultado con avara y ceñuda consecuencia: la ironía. En efecto, dice allí que así como la tierra se aleja del sol y se acerca a él, alternativamente, en épocas determi-

* Tomo V, Pág. 115.

nadas del año, de la misma manera el alma humana se acerca a Dios o se aleja de él. Este fenómeno pertenecería a la fatalidad histórica, del mismo modo que pertenece a la fatalidad cósmica el otro. Hoy estaríamos en uno de esos períodos de acercamiento, y tal como el navegante trepado en el palo del buque, anuncia a sus compañeros la tierra que se divisa en el horizonte, así el hombre grita hoy: «¡Dios a la vista!» Es este artículo una pequeña obra maestra, del más sabroso gusto intelectual.

A continuación se leen en este libro unas muy acertadas páginas sobre el fascismo, de las cuales me bastaría citar este fragmento para destacar su inmensurable importancia: «El fascismo—escribe **—tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes; como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta». Más adelante insinúa Ortega y Gasset un problema de insoslayable importancia política. ¿El desprestigio de las instituciones establecidas es un hecho «superficial, transitorio, originado en abusos particulares de estos o los otros hombres encargados de ejercer los diferentes poderes», o significa «modificaciones radicales en las ideas y en los sentimientos del europeo?» Claro está que la respuesta de Ortega y Gasset favorece la segunda de estas hipótesis, que hemos planteado con sus propias palabras.

Mucha relación con este tema del fascismo revela el siguiente artículo del tomo que nos ocupa. «Destinos diferentes». Son unas breves anotaciones llenas de justeza sobre el *ethos* español y el *ethos* italiano. En el segundo reconoce Ortega y Gasset un «genio plástico», y agrega: «Cultiva el gesto, la actitud, la vertiente de sí mismo que da al prójimo. Se complace en las formas opulentas». El *ethos* español, en cambio, «es sorprendente que

** Tomo VI, Pág. 22.

siendo meridional sea tan reconcentrado. No es sensual ni ostenta el desnudo». Estos *destinos diferentes* llevan a los dos pueblos a abrazar dos manifestaciones diversas de la vida: el italiano ama la vida pública y la antepone a la privada. El español, en cambio, prefiere la segunda. «La vida es antes y más hondamente vida privada que vida pública. Supeditar por completo aquélla a ésta es una perversión y un error» *.

Pero no sería posible continuar analizando cada uno de los pensamientos de que está nutrido este variadísimo libro. De paso, anotemos la acertada definición de la vida romántica, en la conferencia que ya hemos mencionado; las observaciones para una «interpretación bélica de la historia»; las que sobre la muerte de Roma provoca a Ortega y Gasset un estudio de Max Weber sobre las «Causas sociales de la decadencia de la cultura antigua»; la amena divagación titulada «Nuevas casas antiguas», que es una certera exposición de principios estéticos no siempre recordados, y, en fin, la «Meditación del Escorial», anunciada ya por 1916 en «Personas, obras, cosas», y digna de un estudio más detenido que no podemos acometer en esta ocasión. En suma, este último tomo de «El espectador» es un buen compañero de los anteriores, aun cuando las ideas en él contenidas han sido, a menudo, sólo insinuadas en la presurosa divagación periodística.

* * *

También es muy periodístico el carácter de «Espíritu de la letra», tercero de los libros de Ortega y Gasset, aparecidos en este año. Este volumen comprende algunos de los folletones semanales que el ensayista publica en *El Sol* de Madrid. Tienen estas páginas una virtud particularísima: nos muestran a Ortega y Gasset como crítico literario, como cronista de la actualidad de las letras europeas. Y Ortega y Gasset tiene desde antiguo

* Tomo VI, Pág. 50.

una declarada afinidad con la crítica literaria, en la cual ve un contenido más importante que el que atribuye a esta disciplina el vulgo letrado. En efecto, en su libro «Meditaciones del Quijote», publicado en 1914, acaso uno de los más bellos esfuerzos intelectuales de este escritor, se leen las siguientes palabras: «Veo en la crítica un fervoroso esfuerzo para potenciar la obra elegida. Todo lo contrario, pues, de lo que hace Sainte-Beuve cuando nos lleva de la obra al autor, y luego pulveriza a éste en una llovizna de anécdotas. La crítica no es biografía ni se justifica como labor independiente, si no se propone completar la obra... Procede orientar la crítica en un sentido afirmativo y dirigirla, más que a corregir al autor, a dotar al lector de un órgano visual más perfecto» **. Esta interpretación de la crítica como disciplina paralela al esfuerzo del escritor y como intermediario inteligente entre el libro y el lector, encierra innúmeras consecuencias. El crítico aparece aquí separado de todo lo que pueda constituir labor de menuda rectificación sobre la letra de lo escrito. En el título mismo de este libro aparece resumida esta profesión de fe crítica. El crítico no atiende a las singularidades personales de los autores cuyas obras examina. Le interesa más desprender el *espíritu de la letra*, adentrarse en la obra y aspirar por la inteligencia de todos sus propósitos, a comunicar al lector ese espíritu, inasible y huidizo para quien no tenga sentidos aptos.

La inteligencia penetrante de Ortega y Gasset, su clara mirada, su cultura políglota, sutilmente ingerida entre las frondas de una manera barroca; su capacidad de disociación ideológica; que lo hace abarcar los pensamientos más distantes, sin caer en delito de dispersión, todas las cualidades que pueden hacer al buen crítico, entre las que no debemos olvidar la que nos parece principal y que Ortega y Gasset posee en egregio grado: una jugosa y viril sensibilidad, convergen en estos artículos y los hacen ser los más atendibles ensayos literarios de la actual literatura peninsular. Son artículos de un corte perfecto. No

** «Meditaciones del Quijote», Pág. 52. Edic. de la Residencia de Estudiantes, 1914.

sólo están concebidos con una insuperable conciencia de la complejidad de la función crítica, sino que, además, están realizados con una amenidad de buen tono que es señuelo irresistible para toda ralea de lectores.

Multitud de ideas ya familiares al lector asiduo de Ortega y Gasset vuelven aquí a entremezclarse al curso de estos ensayos, breves pero capaces de abrir a menudo dilatadas perspectivas. Su lectura suscita un problema: el de averiguar qué está más desarrollado en el espíritu del autor, si la sensibilidad que le lleva a anhelar siempre lo nuevo y a gustar sólo pequeños recintos de las obras literarias que pasan bajo sus ojos, o la inteligencia, pertrechada con armas que no son comunes y adiestrada en una larga y vieja batalla por la conservación de la flexibilidad y de la autonomía. Pero en realidad lo que más seduce en estos ensayos es la armónica fusión de ambos ingredientes. La sensibilidad no camina sola en esta prosa perfecta, ocultamente acomodada a un ritmo; su compañera constante es la inteligencia, universal capacidad de comprender, que en Ortega y Gasset está desarrollada con riqueza y profusión. De allí la impresión de solidez que dejan estos artículos, que han tenido tan breve y precaria elaboración. Cada uno es el resultado de una adecuación perfecta entre el talento y el gusto, y por ello agradan igualmente al gusto que al talento.

¿Cuál preferir, si en todos ellos resplandecen idénticas proporciones armónicas? No olvidemos, sin embargo, como los más logrados los que se refieren a la obra literaria de Gabriel Miró, a las ideas sobre la novela formuladas por Henri Massis, a Góngora en su centenario y alguno más. Cada uno de los mencionados trabajos basta, nos parece, para definir la capacidad crítica de Ortega y Gasset, por lo menos en sus principales aspectos.

* * *

En «Mirabeau o el político» emprende el ensayista un trabajo de muy diversa índole, si bien el sostén aparente de la divagación

es el examen de un libro sobre Mirabeau. Este ensayo no puede caer dentro de lo que Nietzsche llamaba «consideraciones inactuales»; al contrario, «Mirabeau o el político» tiene una actualidad imperiosa y terminante. Hay dos objetivos visibles, con poco esfuerzo, en este ensayo. Es el primero hacer el retrato o diagrama del político de genio, del gran político que imprime en las formas de gobierno una huella más o menos duradera, en todo caso personal. En otros términos, consiste en trazar el contorno del político como clase o especie de hombre de existencia real, equiparable a la del poeta o a la del guerrero. Para este retrato avanza el ensayista muchas ideas que conviene retener: «...Mirabeau era un organizador nato. Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo del gran político. Ponía orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes normales policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior» *. Luego: «Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política o se viene para hacer definiciones» **. Más adelante: «Hay, pues, dos clases de hombres: los ocupados y los preocupados; políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse, es preocuparse de las cosas, es interponer ideas entre el desear y el ejecutar. La preocupación extrema lleva a la apraxia, que es una enfermedad. El intelectual es, en efecto, casi siempre un poco enfermo. En cambio, el político es—como Mirabeau, como César,—por lo pronto, un magnífico animal, una espléndida fisiología» ***. En seguida: «Al intelectual de casta le sobrecoige siempre ese don de la mentira que posee el gran político» y «todos los grandes hombres políticos carecen de vida interior» ****. Tales son los rasgos insinuados por Ortega y Gasset para la efigie del político, y he aquí el resumen que él mismo hace: «Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, po-

* «Mirabeau». Pág. 17.

** Idem. Pág. 46.

*** Idem. Pág. 53.

**** Idem. Págs. 61 y 63.

breza de intimidad, dureza de piel, son las condiciones orgánicas, elementales, de un genio político» *.

El otro objetivo visible en este ensayo es avanzar ideas que ayuden a resolver el problema actual de Europa, que es también el de España en la medida en que España hace parte de Europa. Definido el político, en la forma en que lo ha visto el lector por las citas anteriores, Ortega y Gasset estudia la posibilidad de salvación del continente europeo. Para él este asunto se reduce a que Europa quiera buscar y ver en la vida lo que ésta efectivamente contiene, no lo que se querría encontrar en ella. Y en seguida asienta: «Asia es conformista: para ella lo que es, debe ser. Europa es reformista: para ella lo que no debe ser, no es. Si algún sentido trascendente tiene el hecho de la convivencia intercontinental que caracteriza al siglo presente, será, a no dudarlo, hacer posible el mutuo complemento de esas dos tendencias exclusivas: la reforma emanada de una previa conformidad con lo real; la modificación ideal de la vida, que parte de haber reconocido previamente sus condiciones» **. Claro está que este programa es algo más que un simple programa político. Es un programa de reforma ideológica total, puesto que representa la entrada de pensamientos y puntos de vista asiáticos en el ideario occidental, orgulloso por haberse mantenido, durante siglos, incontaminado de orientalismo. Pero tampoco en él puede notarse predominio de los ideales de Asia, sino justo y proporcionado equilibrio entre dos fuerzas que divergen desde su origen.

Más adelante el pensamiento de Ortega y Gasset se ciñe de manera precisa a la realidad ambiente, y pasa a esbozar la acción política posible en España. Para ello determina primero el papel del Estado dentro de la nación: «Política—dice—es tener idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación». O más precisamente: «El Estado no es más que una máquina situada dentro de la nación para servir a ésta» ***.

* Idem. Pág. 66.

** «Mirabeau». Págs. 73 y 74.

*** Idem. Págs. 75 y 76.

Estos principios sirven de base al autor para exponer una serie de ideas dignas de la mayor atención, sobre el gobierno y el Estado. Esbozadas apenas, muchas veces nada más que insinuadas, permiten sin embargo avaluar la riqueza de sugerencias políticas que este escritor podría proporcionar para el gobierno de su patria. Pero no nos hagamos vanas ilusiones: el pensamiento de Ortega y Gasset tiene dentro de España un carácter muy poco *ortodoxo* y se encuentra a inmensa distancia del estado de espíritu reinante en las esferas gubernativas. No es extraño, pues, que sus ideas políticas no logren impresionar la arcilla de instituciones en actual renovación.

Del ensayo de Ortega y Gasset que analizamos se desprende también una conclusión que no podemos dejar pasar inadvertida. En efecto, la enumeración de las condiciones que forman el genio político prueba que esta especie de hombre se encuentra poco menos que extinguida en gran número de naciones europeas. Una política adocenada, conducida por individuos que no pueden afiliarse en la orden de los grandes políticos, conforme los trazos que nos ha proporcionado Ortega y Gasset, sería el patrimonio de esta época mediatizada. En efecto, si se piensa que Mussolini, por ejemplo, a quien tantos confieren el título de *genio político*, si bien posee la dosis de histrionismo que parece el primer ingrediente del gran hombre político, ha debido introducir en Italia un orden por presión, desde fuera, con armas extraordinarias *, se concluirá que no es el genio político anhelado o supuesto. Lo mismo puede decirse respecto de muchos otros gobernantes a quienes ha exaltado el azar y que han debido sujetar la estructura social por medio de procedimientos irregulares, de fuerza o sorpresa.

Pero no es nuestro propósito hacer comentarios políticos, sino anotar la importancia literaria de estos libros, cada uno de los cuales muestra nuevas facetas de la mentalidad de Ortega y Gasset. Las ideas nuevas que en ellos encontramos, las delicadas sugerencias que cada tema suscita en el ensayista, los

* •El Espectador. Tomo VI.

finos atisbos de su sensibilidad, siempre en estado de exaltación, hacen destacar a estos libros con rasgos muy personales en el conjunto de la producción española de hoy. Y nuestro objeto no ha sido otro que espigar en sus páginas aquellas palabras que logren suscitar en otros lectores el deseo de seguir la obra de este escritor en su varia multiplicidad.

RAÚL SILVA CASTRO.

La literatura cinematográfica en Francia

SUCEDE aún, en Francia, que el principio mismo del arte cinematográfico se discute. Esto proviene sin duda de la tradición teatral no interrumpida desde tres siglos, más estable en Francia que en cualquier otro país, y que se oponía, en cierta medida, al modo de ser particular al cinematógrafo. Se debe reconocer que los franceses han cometido durante algún tiempo el gran error de confiar a actores de teatro papeles de cine, lo que tiene por consecuencia obligada grandes contrasentidos en la actuación, y reduce al cinematógrafo a no ser más que un teatro empobrecido.

Sin embargo es en Francia donde se ha inventado el cinematógrafo; el *biógrafo* del ingeniero Marey (que ha inventado por lo demás casi todos los procedimientos gráficos científicos para el movimiento), era algo esquemático y correspondía más o menos a los dibujos animados. Las invenciones de los hermanos Lumière, respecto a las películas y los virajes, dieron los primeros medios de toma directa de vistas. Al fin es en un café de París, en 1896, donde funcionó el primer espectáculo cinematográfico.

Los primeros progresos, como se sabe, fueron muy lentos, y el cine sólo empezó después de 1910 a tener algún interés artístico. Francia fué desgraciadamente detenida en sus progresos cinematográficos por la guerra; fueron los países menos sacudidos por el conflicto europeo, Norte-América y Suecia, los que hicieron, hasta 1922, los mayores progresos en el arte del cinematógrafo.

Se empezó entonces a comprender en Francia, mejor aún que

en el país que lo había visto surgir, la importancia humana de un artista como Charlie Chaplín. Un escritor, Blaise Cendrars, un autor de películas, Louis Delluc, hicieron los primeros esfuerzos de crítica cinematográfica.

El éxito muy merecido de las películas suecas como «La carreta fantasma», los primeros éxitos también del cinematógrafo impresionista alemán, influenciaron fuertemente el espíritu de los primeros críticos cinegrafistas. Encontraron allí los primeros recursos para ir resistiendo al cinematógrafo americano que, a sus admirables cualidades, añadía un mercantilismo enojoso. Es más o menos entonces cuando se inició en Francia una crítica cinegrafista seria. No es inútil, para los lectores de ATENEA que viajan por Francia o leen los periódicos franceses, mencionar aquí los principales entre esos críticos:

Emilio Vuillermoz ha venido a la crítica cinegrafista por el camino de la crítica musical. Él ha sido el primero en considerar especialmente y finamente el cinematógrafo como espejo de las costumbres. Escribe en *Le Temps*.

Otro, León Moussinac, ha venido a la crítica cinegrafista después de iniciarse en la crítica artística y teatral. Lo apasionan ideas políticas que a menudo influyen su opinión. Pero, sincero, entusiasta del arte mudo, ha unido a su romanticismo natural un gusto bastante vivo hacia el realismo. Su libro: «Naissance du cinema» es aún hoy uno de los mejores manuales sobre esta cuestión. Una de sus ilusiones es sin duda la de querer hacer del cine un gran arte popular: es evidente que el cine sincero y desinteresado deberá durante bastante tiempo prescindir de la admiración de las masas.

Al fin, un ruso refugiado en Francia, Andrés Levinson, ha partido de la crítica de la danza y de las artes de expresión humana hacia la crítica cinegrafista.

Sin embargo, a partir del año 1926, el cinematógrafo y la literatura se ocupan más y más el uno del otro. Inútil de hablar de las tentativas hechas para convertir en películas obras de prosa francesa: ninguna ha tenido tanto éxito como «El abanico de Lady Windermere» o «Resurrección», Pero, en Francia,

una escuela literaria que buscaba sobre todo la imagen, la expresión brutal y directa, pensó un momento encontrar en el *scenario* de film la forma literaria más desnuda y conmovedora, «Una literatura libertada por el cinematógrafo». Fué en esta dirección que se aventuró entre otros una joven^{ne} e inteligente revista: «Les Cahiers du mois». Grandes casas editoriales como la Nouvelle Revue Française publicaron colecciones de *scenarios*. Pero esas tentativas no podían tener larga vida. La mayor parte de esos *scenarios* escritos por poetas eran imposibles de realizar en la pantalla. Por otra parte, la mayoría de los *scenarios* de los mejores films son cubiertos de indicaciones técnicas que los hacen ilegibles. Se ha debido, pues, abandonar este género. Sin embargo ha dado obras interesantes. La primera y la mejor es sin duda el «Donogoo-Tonka» de Jules Romains, en donde se relata la fundación, a consecuencia de una especie de apuesta, de una ciudad en Sur-América. Más recientemente, «Un suicidio», por Andrés Beucler ha resultado ser la obra mejor de un escritor de cultura insuficiente para manejar bien la prosa normal.

Entre los libros inspirados por el cine, sería injusto no citar la novela de un joven escritor y *metteur en scene* francés. *Adams*, por René Clair, es una obra excesiva, pero vigorosamente original en donde se pinta la gloria prodigiosa y efímera que el cine dispensa a sus héroes: «Usted sabe, sin duda, que las obras maestras del cine son mortales... La película, ay, se desprende de su soporte de celuloide...» Así termina el libro.

Hoy día el público se halla fatigado de todo lo que el cine podía ofrecerle de fantástico. Se ha observado que las películas más admirables: *La opinión pública* (obra de Charlie Chaplín en la cual Chaplín no representa personalmente), que el *Gola Rush*, que *El abanico de Lady Windermere*, *Varietés*, explotaban temas infinitamente más ricos que el mundo fantástico, el mundo de las pasiones y de las emociones humanas. Se ha notado que el cine, obrando a modo de vidrio de aumento, mostraba por primera vez gestos espontáneos, involuntarios, hasta muy débiles, a un gran público. Esta tesis ha sido defendida algunos meses atrás

por Andrés Maurois en un volumen colectivo: «L'Art cinématographique». Desde un año atrás la defiende el que firma estas líneas en «Les Nouvelles Littéraires», «Le Crapouillot», en la revista franco-inglesa «Close-up» y en adelante en la Nouvelle Revue Française. Esta tesis empieza a obtener éxito tal que el autor de estas líneas recibe a veces cartas de actores quejándose que el *metteur en scene* ha cortado arbitrariamente la película, deformando sus juegos de expresión. Por cierto, otros escritores tratan aún de defender la espontaneidad del genio, pero los progresos de la técnica los hacen perder más terreno cada día. Citemos, sin embargo, entre los defensores de este punto de vista lírico, el «Charlot» del escritor Henri Poulaille, pues es alrededor del nombre de Chaplín, autor y actor, que se trava otra vez aún el debate.

JEAN PREVOST.

Algo sobre Hamlet

HAMLET, el príncipe de negro indumento, que parece una sombra vagando en pos de una idea, es un personaje sacado por Shakespeare no del fondo de la tierra, como sus otros personajes, sino de la espuma del ser humano. El heredero del trono de Dinamarca no es hombre, es una obsesión hecha carne, cuyo destino lo constituye la eterna búsqueda de algo que no puede encontrar en tanto sus pies se arrastren por el polvo y se pierdan sus voces como fantasmas desorientados en las profundidades del infinito. Hace falta agregar la potencia de su espíritu a esa instintiva contracción de la voluntad que, apegada al cuerpo, rehusa entrar de lleno en el laberinto de las cosas abstractas.

El genial dramaturgo ha comprendido la importancia del tipo que nos presenta en su tragedia y lo ha hecho enorme. Hamlet es en sí tan grande que sus turbaciones no son sino el fruto de su anormalidad. Cuando el tético personaje pasea monologando por las sombrías cámaras reales, no puede alejar su inquietud por un instante; se le echan encima sus complicaciones, le toman en su vértigo demoledor, y él incapaz, de permanecer impasible ante el hervidero de energías que siente bullir en su interior, no atina sino a interrogar, a excitarse y a huir de sí mismo, como quien teme a su propio pensamiento.

Hamlet no necesita de muchos actores; puede interpretarse con sólo el joven meditabundo e inquieto que lo absorbe todo absorbiéndose a sí mismo en esa duda martirizante, cruel y continua, cuyo diente se hinca en su cerebro, mordiéndole la tranquilidad hasta un extremo inconcebible.

El Hamlet que habla no es Hamlet, es su sombra, mejor dicho, tal vez la esencia de su naturaleza que asciende desde el abismo humano a la cumbre de los seres inmateriales y deja flotando en el ambiente toda esa palabrería sin tino como las plumillas de una alfombra a poco de ser sacudida por el azote de una huasca.

Este ascenso lo ayuda a elevarse sobre los otros personajes y por eso ninguno osa colocársele frente a frente. Yago y Desdémona parecen desmanchar el ébano de la faz de Otelo; ambos son tan complejos, se elevan a tanta altura a través del desarrollo del drama, que hay momentos en los cuales no sabemos si atribuir la primacía al guerrero, al traidor o a la heroína. En Hamlet nadie pretende asemejársele; todos se relegan a un segundo término para dejarle aparecer a él en el primero. Claudio actúa sólo de vez en cuando y Polonio, el más pretencioso de todos, debe resignarse a que sus frases llenas de hueca filosofía, sean devoradas por el sarcasmo y las irónicas respuestas del fingido loco. Ofelia misma se destaca en virtud de la luz que su amado arroja sobre ella; sin Hamlet, sin ese busto negro que se le acerca, la hija del Chambelan es como esas flores de corolas cerradas todo el tiempo y prontas a abrirse sólo cuando las alumbra el sol. Hamlet la hace vivir, y Hamlet le impide tomar la preponderancia adonde fatalmente ocurren todos los sujetos a quienes se dejan libres las alas o no se les vendan bien los ojos. Asimismo obra la potencia suya en los demás personajes, regularizando sus funciones y sus caracteres con la fuerza avasalladora que les hace desbocar sus pensamientos hasta un punto más lejano del sugerido por su propio deseo. Las facultades en él están bajo el puño de la tiranía con que una naturaleza demasiado vigorosa le ha cogido, pero esa misma naturaleza impide a otros colocarse en el plano donde se coloca su discípulo, y por tanto los aplasta como a una hierbezuela y sólo permite el crecimiento de su preferido, crecimiento doloroso para todo ser cuya condición humana no está dispuesta a cargar con las prerrogativas de cuanto está fuera de la órbita de sus hábitos.

Hamlet es inquieto porque teme el desmoronamiento de su naturaleza normal; el exceso le hace daño y le mortifica con la idea de que aquellas demasías pueden declinar en la monstruosidad. El ser degradado por ciertas circunstancias puede ser huésped en lo antitético a lo que pretendía subir mientras gozaba de la conmiseración humana, pero tanto peligro hay en el acopio de energías espirituales estancadas en un sujeto ordinario como en el descendimiento de ese sujeto hacia el hoyo de la degradación. Hamlet instruye esto, lo ve en su azoramiento y por eso se detiene con el corazón jadeante e increpa a la maldad, la escupe, la insulta y luego se pierde en conjeturas para hacerse la ilusión que está lejos de ella. En realidad el mal no puede acercarse a su enemigo; teme al vilipendio y teme al apasionamiento observado por el exorcista en sus pláticas, mas la obsesión no se aparta del atormentado y reemplazando al mal, Hamlet, aferrado a su idea, complica el sistema de sus razonamientos y por las ventanas que descuida de cerrar entra la duda, segura como está de su influencia en el ánimo de un hombre que teme caer al precipicio de los monstruos.

Como lo asegura Samuel Taylor Coleridge, Hamlet, huyendo de la realidad, procura indultarse del cumplimiento de sus deberes con su actividad mental. ¿Y por qué es esto? Sencillamente porque el atribulado príncipe teme hacer uso de esa potencia que en sus manos depositó una naturaleza perjudicialmente pródiga. Es como esos regalos que nos hacen cuando niños, a los cuales afinamos sólo a observar porque tenemos miedo de romperlos sin sacar de ellos provecho ninguno. Hamlet va más lejos; no sólo duda del beneficio, aun presente catástrofes, las palpa en el pensamiento y por eso no quiere hacerlas realidad. De antemano descuenta el efecto pernicioso de su fuerza y esta es la causa que al joven príncipe lo lleva a concretarse a la actividad de su cerebro; no se ahorra inquietudes con ello, mas tiene el consuelo y la certidumbre de no haber ejecutado ningún acto torcido, prefiriendo la no acción al hecho cuyo resultado se presenta brumoso. Esto nos demuestra que hay tendencias espirituales a acometer sólo lo positivo. Las fuerzas psi-

quicas inteligentes no se inclinan a tal o cual bando porque las induzca a ello una mayor sensibilidad; sin establecer leyes absolutas podemos asegurar que inconscientemente influye el importantísimo factor que a fin de cuentas avalúa y compara el esfuerzo con su producto.

Pero hagamos caso omiso de digresiones y volvamos a Hamlet. Si el genio de Shakespeare no nos hubiese hecho enloquecer al protagonista de su tragedia, ¿qué actitud hubiera asumido éste? ¿No nos habría parecido en todo caso un loco? ¿Se finge loco Hamlet o en realidad es loco aunque no se lo proponga? Desde los comienzos del drama, en la escena en que el rey y su esposa ruegan al joven que abandone su tristeza, se advierte ya el sarcasmo y la ironía impropia de un doliente que llora a su padre y no tiene sus facultades mentales trastornadas. A aquella insinuación de Claudio: «Y ahora, Hamlet, primado de mi trono, mi hijo», no corresponde en un hombre sano aquel aparte, «Un poco menos que primado y un poco más que primo». Mucho menos a la pregunta del rey; «¿Por qué te envuelven todavía esas nubes de tristeza?», podía uno que no estuviese a las puertas de la demencia contestar: «Nada de eso, señor mío, me da demasiado el sol». Aun el príncipe no ha hablado con el ánimo de su padre, en consecuencia no tienen razón de ser esos desatinos; el propósito de fingirse loco se lo hace después de escuchar la amarga verdad de labios del rey Hamlet y por tanto podemos considerar éste como las primeras manifestaciones de los devaneos a que su naturaleza le arrastra.

El amante de Ofelia sentía el peso de las complicaciones de su espíritu aun antes de la muerte de su padre; probablemente el amor estaba también aposentado en su corazón en vida del difunto, pero ese amor grandioso y todo como es, no basta a acallar la salvaje voz de la abundancia espiritual y ahí está basada la pérdida de serenidad y el continuo trabajo del cerebro.

Por lo demás, la hiperestesia de Hamlet rebalsa todos los límites imaginables; el hombre se sobrevive aún hasta en la idea de una muerte cierta y va con sus escrúpulos hasta más allá del no ser. Esta pulcritud exagerada explica la imposibilidad de ha-

llar consuelo en el amor, siendo el amor la esencia tamizada de fuente humana y estando en exhibición en los ojos de una mujer tan pura como Ofelia.

La pasión de Hamlet, a fuerza de vibrar con el estremecimiento de su potencia interior, tiende a la bestialidad. El amado no podía ofrecer a su dama el puro amor que ella había menester, porque la sensibilidad de la carne muy unida a la ráfaga demasiado sustanciosa de flujo espiritual, no sigue el curso de la causa aceleratriz; en todo caso acelera sus propios instintos y siendo ellos propensos a llevar el hombre a un puesto antagónico del que le sirve de plataforma en su vida cotidiana, no logra el alma someter a la carne y la carne se revela y triunfa del espíritu. Si Hamlet no adivina esto con una concepción clara del asunto, el instinto suyo quintaesenciado por su energía le hace rehuir a la doncella, rechazarla aparentemente para no provocar escenas en las cuales bien pudiera ser que el desencanto sucediese al encanto de los besos y las frases.

Hemos visto cómo el papel de loco que representa Hamlet es el único conveniente a un ser de su inquietud; también vemos la insuficiencia de los sentimientos humanos considerados más potentes para distraerle de su preocupación; estas dos situaciones y la escrupulosidad del personaje nos forman este corolario. Hamlet es la víctima del martirio que coge a los hombres cuya sensibilidad supera a la necesaria para la existencia de un ser que no pretenda extralimitarse de su condición. Y a esta primera frase deducida podríamos agregar esta otra: si un ser está bajo la tiranía de potencias ajenas a las propias de su especie, las potencias comunes que obran en sus congéneres son anuladas por aquélla y la inclinación hacia lo recto no puede cristalizarse en hechos, porque entre la causa que genera la idea y la que debe obrar para producir el efecto, hay una diferencia de latitudes imposibles de igualar. Hamlet está bajo el dominio de ambas causas y con ello justifica sus dudas y su pereza en ejecutar. La muerte de Claudio sólo es obra del arranque nervioso que toma al príncipe, si antes de hundirle su espada analiza un segundo su situación, el usurpador del trono

de Dinamarca queda vivo y el sombrío doncel se entrega en brazos de la muerte entre preguntas y cavilaciones.

Es lástima que Hamlet, el más simpático de los tipos que forjó mente alguna, no convenga para ideal de hombre. La virilidad de ánimo apagada en el instante de obrar da idea de cobardía, y tal indecisión no es propicia para un mundo en el cual se espera el resultado de todos los aprontes, resultado muy influyente en la mentalidad de las muchedumbres y poderosísimo excitante hacia las actividades físicas, única esfera alrededor de la que gira la humanidad.

¿Shakespeare sacó un personaje agazapado en nosotros; sin su genio nunca Hamlet estuviese tan vivo y todos le sentiríamos bullir en el espíritu no atinando a desenmascararlo ni a investigar su psicología? Gracias al inmenso dramaturgo hoy la poseemos. Sus otros tipos los sacó como el labriego saca sus patatas, éste lo arrancó del alma humana como el minero que echa abajo una montaña para extraer un brillante oculto en su corazón.

HERNÁN JARAMILLO.

Jean Giraudoux y su última novela: Eglantine

Especial para ATENEA.

¿**S**E lee en Chile a Jean Giraudoux? ¿Se le aprecia? Al hojear los periódicos y revistas chilenos que me suelen enviar uno que otro fiel amigo, observo con pesar que, cuando en ellos se habla de algún escritor francés contemporáneo, se transcribe más o menos textualmente la opinión de las revistas literarias francesas que llegan a Chile; pero ninguna opinión personal, que venga a probarme que la obra de los más importantes representantes de la literatura francesa actual sea leída allí con independencia de criterio, asimilada, digerida. (Salvo en el caso de Proust). Mi vivo deseo es, al escribir estas crónicas mensuales, no abastacer a los lectores de ATENEA con opiniones mías sobre tal o cual escritor, sino excitar en ellos la curiosidad de ir al texto y discutirlo. Sólo ante un público así se puede hablar de la obra tornasolada, inquieta e inquietante de Jean Giraudoux.

Sólo para situar bien nuestro autor recordaremos sus obras más conocidas: «L'École des Indifferents», «Suzanne et le Pacifique», «Siegfried et le Limousin» (premio Balzac), «Juliette au pays des hommes». Después, viene el reciente y total éxito de *Bella*.

Bella fué la confirmación y la coronación del talento personalísimo de Giraudoux: ese modo de tejer el interés de un libro, no alrededor de una acción bien establecida, sino en un conjunto de caracteres unidos entre sí por un hilo tenue de fantasías.

Tiene el arte eximio de dar a los aspectos más concretos de la vida contemporánea vislumbres de la más exquisita poesía. Para lograr este fin, Giraudoux tiene a su disposición el estilo más rico en imágenes que se pueda encontrar, tan rico, que suele desconcertar, y fatigar la atención como fatiga la vista una luz excesiva. *Bella* nos pareció superior a sus obras precedentes, pues sus mismos y tan delicados medios de expresión fueron puestos al servicio de una obra de rica sustancia humana. Hay allí tipos admirables, los de la familia de los sabios X, el de político Rebendart, del banquero Moise, del noble y anticuado Fontranges, de Bella, en fin, la amante.

Después de *Bella*, nuestra admiración por Giraudoux se hizo más confiada, más amplia. El vino a confirmar nuestras esperanzas dando, en una colección a tirada limitada de la editorial Kra, una novela corta «La premiere disparition de Gerone Bardini», que es una obra maestra. Se trata de un hombre que aburrido de la vida conyugal, sin ser sin embargo arrastrado por otra pasión, se va. Menos bordaditos y mostacillas multicolores en la forma, un estudio psicológico de acuidad admirable, nos dejan presentir, en *Gerone Bardini*, un Giraudoux digno de la gran tradición psicológica francesa. Al admirar esta última obra, nos dimos cuenta de lo que hay de artificial, de casi irritante, en el estilo mariposeante que hizo su fortuna literaria. Y confiados en la extraordinaria auto-crítica de Giraudoux, esperamos de él, en esta nueva vena sobria y fuerte, obras de sólida belleza.

Eglantine nos desiluciona un tanto, sin desalentarnos, sin embargo: encontramos allí un Giraudoux que abusa de su antiguo procedimiento: tomar un tema dado, y con cualquier pretexto, lanzarse en largos poemas en prosa sobre los temas más diversos: el sueño, la cama, las joyas, la juventud, la vejez, la belleza, las tiendas, el modo de hacer la ensalada, los perros, los caballos, el teléfono, los trajes escotados, etc., etc., etc. Claro que, en detalle, todo esto es adorable, leer un libro de Giraudoux es sentir continuamente cosquillas de admiración. Pero se sabe lo irritantes que se vuelven las cosquillas... En *Englan-*

tine. Giraudoux ha elegido un tema simple y bello: el atractivo que siente una linda muchacha por dos ancianos. El nos dice, sobre este aspecto de la vida sentimental de una criatura sin sensualidad, cosas absolutamente nuevas. Pero, a pesar de todo, en su conjunto, esta novela nos deja decepcionados, como jugar con burbujas de jabón.

• • •

Giraudoux y sus imitadores.—Giraudoux tiene que renovarse, no sólo para escapar a sí mismo, sino para escapar también a sus imitadores. Esos son numerosos. Nadie ha sido más imitado que Giraudoux, ni el mismo Paul Morand. Entre los que han asimilado más hábilmente su manera de escribir, se pueden señalar al autor de «Gueule d'Amor», André Beucler, y la Princesse Bibesco. Entre los que parecen torpemente escribir sus libros usando los borradores que Giraudoux ha tirado en su canasto de papeles, señalemos a Pierre Girard. Este último ha escrito últimamente una novela, «Connaissez mieux le coeur des femmes», que debió ser para Giraudoux tan desconcertante como mirarse en un espejo que pusiera en relieve todos nuestros defectos. Tener imitadores como Pierre Girard, debe dar ganas a un escritor de cambiar de mujer y de hijos, de nombre, de carácter, de rostro, de patria. Esperemos que eso salvará a Giraudoux de caer en las trampas que le tiende su talento.

* * *

Giraudoux en persona.—Giraudoux es un hombre muy largo y flaco, de unos cuarenta años más o menos. Los ojos más chispeantes tras gruesos lentes con borde de carey, lentes brujos, en cuyos reflejos se suele leer el porvenir de las jovencitas románticas. Es jefe de una importante sección del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ama el bridge y los deportes. No pierde ninguno de los grandes encuentros internacionales, y cuando se corre

un buen 400 metros, se imagina como deben tenderse, nerviosas, sus finas piernas de corredor.

Su modo de trabajar es el siguiente: escribe en forma de cuento el tema de su novela, y vuelve después a escribirlo adornando cada acontecimiento con profusas imaginaciones. Eso nos parece bastante peligroso... Demasiado parecido al procedimiento de los compositores de música de ópera...

* * *

De una y otra cosa.—En período de vacaciones, no se ha publicado ninguna obra de descollante interés, pero cuidado con Octubre y Noviembre: los editores sacan en esta época las novelas que estiman más interesantes, para tratar de conquistar los premios Goncourt, Femina, que se dan en esta época.

Hay en Francia actualmente una crisis del libro que hace más prudentes a los editores y les impide lanzar a tontas y a locas escritores jóvenes, con la esperanza de descubrir cada uno un nuevo Radiguet. Durante años, fué extremadamente difícil que se abrieran camino los jóvenes. Pero desde unos cuatro o cinco años atrás, se imprimieron cuantas necedades escribieron muchachos al salir del colegio. Resultado: se hacen cada día más frecuentes los casos lamentables de individuos que hubieran podido ser buenos médicos, o buenos despacheros, que son a los treinta años escritores fracasados y neurasténicos. Una selección más estricta entre los que demuestran tener, como se dice en Chile, «facilidad para escribir», nos permite esperar, para unos años más, un grupo de escritores más conscientes y de más auténtica valía.

MARCELLE AUCLAIR.

Sobre chilenismos

Concepción, Octubre 31 de 1927.

Sr. D. José T. Medina.

Santiago.

Mi muy estimado señor y amigo:

SIN guía ni acompañante han llegado a mis manos los Nuevos Chilenismos registrados en el Diccionario Manual de la Academia, los que acabo de repasar y sobre los que voy a presentarle algunas observaciones.

Desde luego, siempre me ha llamado la atención la falta de un concepto claro de lo que es un regionalismo, sea americanismo, sea más estrechamente aun un chilenismo, y dentro de esta última casilla, un provincialismo. Para algunos, como Lenz, el estudio de cada vocablo sólo tiene relación con su origen, dejando a un lado sus quilates de casticidad; para otros, como todos los demás autores sobre chilenismos, se juzga primero si la voz en discusión peca o no contra el léxico y ¡pobre de ella! si peca. Para este su humilde servidor y amigo, 'hace fe la opinión de Toro y Gisbert (Americanismos), y piensa como él que vale mucho más una obra como la de Lenz, a pesar de que sus colaboradores, muchachos al fin, no perdieron ocasión de «pitárselo» con alguna palabreja mal sonante, en alguna ocasión improvisada, que un diccionario que al fin resulte una ardorosa defensa del idioma español aunque sea necesario a

veces resucitar y desempolvar vocablos que ya nadie usa en ninguna parte, para ponerlos frente a nuevas voces casi unánimemente aceptadas.

Y entre estos dos extremos, también con la opinión de Toro y Gisbert, estoy de que la mejor clase de obras sobre americanismos son los libros que se contentan con anotar el vocablo, su etimología cierta o probable, y el país o región donde se usa. Y como de este tipo son las dos que ha publicado mi padrino espiritual don José T. Medina, con ellas me quedo.

Llego a creer que buena parte de la confusión sobre el modo de juzgar los chilenismos, y los americanismos en general, se debe a que siempre se les ha tomado en grupo, sin separar y clasificar sus elementos. En algún trabajillo con que me di el gusto de servir a mi finado amigo don Manuel A. Román indicaba los elementos que componen nuestro lenguaje vulgar, y ahora junto con repetirlos agregaré algunas consideraciones sobre la geografía de los chilenismos.

Las palabras y frases que constituyen nuestros chilenismos pueden clasificarse en siete grupos:

1) Palabras castizas cuya pronunciación ha sido modificada o corrompida.

2) Voces españolas anticuadas o desusadas, conservadas con su correcta significación.

3) Voces a las que se ha dado un significado distinto del verdadero.

4) Formas verbales incorrectas por defectuosa pronunciación o por haber sido formadas con verbos regulares o irregulares alternativamente.

5) Adjetivos y adverbios formados muchas veces sobre sustantivos y complementos.

6) Palabras de origen extranjero incorporadas al idioma por su significado especial.

7) Voces de origen quechua, aimará y especialmente mapuche usadas corrientemente en el lenguaje vulgar.

Pero estos diversos grupos no se distribuyen uniformemente en todo el país: su influencia se nota más o menos acendrada

para cada uno de ellos según la región de Chile cuyo lenguaje estudiemos. Ante todo, habrá que descontar aquellas voces de uso corriente entre la gente de mar y pueblo bajo de nuestros puertos, palabras casi todas que no son sino vocablos ingleses cuya pronunciación es defectuosa o corrompida: así *bichicuma* (beach come), *managuá* (man of war), *sanababiche* (son of a bich), *corejel* (go to hell) y otras muchas que el observador oye a cada paso en nuestros puertos. Tampoco pueden tomarse en cuenta las expresiones vulgares, casi de *coa*, que tienen una época de uso y desaparecen para dar lugar a otras de nueva invención o tomadas de los pésimos letreros de las películas o de los cantos populares de otro país.

Las diferencias regionales se marcan bien en zonas: una del norte hasta Aconcagua, otra de las provincias centrales hasta Talca, otra del centro-sur hasta poco al sur del Biobío, otra que comprende la región ocupada hasta ahora por los mapuches, otra compuesta de las provincias de Valdivia y Llanquihue, y por fin Chiloé.

En cada una observamos diferencias de lenguaje en relación con el elemento que las puebla: en el norte hay gran cantidad de palabras de origen quechua y algunas voces del antiguo mapuche; pero en general predomina el idioma castellano, regularmente hablado. La zona de las provincias centrales principia por Aconcagua y parte norte de Valparaíso, región que tiene curiosos caracteres filológicos: no se oye sino rara vez el sonido áspero de *frr*, y al contrario, la *r* en esta combinación casi desaparece (estibo por estribo, tigo por trigo); las abreviaturas y contracciones de frases a la andaluza son de uso corriente; muchas palabras españolas han sufrido curiosas inversiones: *tañar* es el *tamborear* en la guitarra de más al sur; color *paco* es el café-pardo que en Maipo llamarán *cari* (quemado en mapuche); color *teño*, pelo *teño*, es el castaño; no se dice *hoy* simplemente, sino hoy día, etc.

Bien conocidas son las características de la región central, con el curioso modo andaluz de pronunciar y recortar letras y sílabas. Lo que llama la atención es que de tanto vasco que

ha habido en Chile central no haya quedado resabios en el idioma, si no fuera tal vez al autorizar más la pronunciación de la *s* como *c* suave y como *z* y el del sonido único intermedio entre *b* y *v*. En cambio la influencia argentina iniciada en la Patria Nueva y seguida durante la tiranía de Rozas se conserva casi intacta: el *vos* por *tú*, el imperativo disilábico y agudo (*andá, vení*), el *lo de* por *la casa* o *residencia de* son de uso corriente y consagrado.

A medida que se avanza hacia el Sur se va encontrando modificaciones cada vez más marcadas. La situación mediterránea de las poblaciones y la infranqueable barrera de la antigua Araucanía, impidieron la evolución del lenguaje: muchas palabras castizas se conservaron frescas, aunque hayan desaparecido del lenguaje corriente; la pronunciación de la *s* y de la *ll* es perfectamente clara; pero en el lenguaje se han infiltrado numerosísimas voces de origen mapuche admitidas en la conversación familiar y aún en ocasiones que exigen una más cuidada fraseología. Así *lauco* y *laucarse*, *añecahue* o *allecahue*, *huericarse*, *arincarse*, *huelán*, *potincado*, etc. se oye sin atraer la atención: los ajos o la uva se guardan en *ristras*—la voz castiza, malamente substituída por la *cuelga* de las provincias centrales—o en *utrunes*, la voz mapuche; lo que se lleva en las faldas o en el poncho es una *haldada*, la gente cae de *bruces*; el que se golpea, se *da* contra o con algo; una persona *enferma* ó *está muriendo*, no se enferma ni se muere. Se oye a veces expresiones ya tan antiguas o más bien arcaicas como *desafuciados* por *desahuciado*, y otras. Alguna vez he oído la frase *estar en estera*, por «estar en las últimas», refiriéndose a un enfermo, que solamente he encontrado en el Vocabulario Criollo-Español de *Ciro Bayo*.

Si a esto agregamos la mala enseñanza del idioma patrio, ya que es lo corriente que los maestros, sobre todo de escuelas rurales, usen un lenguaje mítico para dentro de la clase y uno demótico—el vulgar—para fuera de ellas, han obligado a la creación de voces que correponden a determinadas situaciones y han producido la torcida acepción de otras. Ejemplos del

primer caso son las voces mapuches, como del segundo *botado* por *tendido* (palo botado, botarse en la cama); *siquiera* por *solamente*; *quizás* por *quien sabe*; los diversos estados de temperatura del agua son *desumecida* por tibia, *chispeada* por hirviendo, y *caldeada* por caliente; no dicen váyase sino *ándese*, usando siempre andar por ir, y lo construyen con un gerundio para significar el pretérito: me anduve caendo, me anduve enfermado. Es esta región del centro-sur la que seguramente proporciona mayor cantidad de americanismos, chilenismos y regionalismos a todos los que a este ramo de pesquisa se dedican.

Las provincias de Malleco y Cautín, el antiguo «Territorio de Colonización», la antigua Araucanía, han sufrido una completa metamorfosis: la afluencia de comerciantes, industriales, agricultores y colonos de otros puntos del país o de fuera de él ha reformado el idioma en condiciones tales que, al mismo tiempo que en las ciudades de la región se oye un castellano muy correcto, salpicado sí de voces araucanas, en los campos se habla una verdadera gerigonza que varía según la influencia de los elementos dominantes: mapuche, italiano, alemán, boer, etc.

Más al sur, Valdivia y Llanquihue presentan un curioso caso de mimetismo. Sabido es que, durante la Colonia, Valdivia se entendía directamente con Lima y prueba de ello son los apellidos de las familias fundadoras (Paz, Agüero, Echenique, Castebanco, etc.), y el idioma español se hablaba como se habla en el Perú: hasta ahora, no se dice *indio* sino *cholo*, lo que no deja de chocar a todo el que llega a Valdivia. Pero la llegada de los colonos llevados por don Vicente Pérez Rosales produjo una revolución en el lenguaje: mientras los colonos, con su modo de vivir que llamaríamos hermético establecieron sus escuelas en idioma alemán y conservaron todas sus costumbres, y aprendieron el castellano de boca de los peones o sirvientes chilotes, los valdivianos se dieron a imitar el modo de hablar de los recién llegados y así ha resultado un curioso lenguaje criollo, con locuciones netamente alemanas: fulano está al campo; Juan se salió de aquí y no está más (Juan se ha

mudado de casa, no vive aquí); «vengo a traer» por vengo a llevar (*bringen* significa las dos cosas en alemán).

Los importantes estudios de Cavada sobre Chiloé contienen todo lo que hay que decir sobre esa provincia.

Qué bien vendría un trabajo bien hecho sobre regionalismo en Chile! Aún para la conversación en las distintas provincias sería conveniente: así sabría el viajero que un terreno alto, loma o cerro, despojado de su vegetación es un *roce* en el sur, un *rulo* en el centro, y una *lluvia* en Ligua; que mientras en el centro del país una heredad es mala si tiene muchas vegas, terreno húmedo y bajo fácilmente anegable, en el Sur es condición de bondad para un fundo (un *potrero* en Osorno) tener muchas vegas, que son el terreno llano y descampado, ya esté en parte alta o baja; que de Maule al sur *cortan* y *emparvan* el trigo, mientras más al norte lo *siegan* y *encierran*, es decir que la parva se forma en el Norte después de trillar y antes en el sur, y que en la provincia de Llanquihue ésto se hará en un *campanario*, galpón de forma cónica donde se va acumulando el trigo para su trilla en previsión de las lluvias.

De la infinita bondad de mi señor y amigo muy apreciado espero el perdón por este larguísimo preámbulo y paso ahora a someter a su consideración algunas observaciones que me sugiere la lectura de su último libro.

Acivilarse.—¿Dónde lo oiría don Manuel Antonio? En los muchos años que llevo anotando y estudiando nuestro idioma criollo no he oído más que el término despectivo *civilesco* por el que es casado solamente «por el civil».

Achicar.—Es, como Ud. dice muy justamente, término usado por los vaqueros y gente ejusdem farinae, que siempre tratan de usar la palabra más corta.

Alfilerillo.—Es la planta llamada *almizcleña* en España, *Erodium Moschatum* geraniácea, que Molina llamó malamente *Scaudix Ailensis* (de la clase *Digynia* de Linneo, y ahora de la familia *Umbelíferas*). La planta se ha hecho espontánea en Chile y no sólo es un buen forraje sino que tiene propiedades medicinales.

Alijar.—No la hemos oído jamás.

Ampoa.—Es curiosa la relación que los que usan esta voz establecen con *sandía*: si es mal dicho sandilla, cómo quiere que diga ampolla?

Apotincarse.—Más bien potincarse, es tener la grupa más alta que la cabeza, como una persona en cuatro pies que tuviera las piernas estiradas. Se potinca el que por efecto de siática o reumatismo anda muy doblado hacia adelante. Si se conserva cholloncarse, encucillarse, debe conservarse también potincarse. Lo mejor sería suprimir los dos.

Atentón.—Usado también en lugar de tiento-Démosle un atentón a la botella.

Batro.—La *Thylpha Augustifobia* llamada *tótora* en el norte y centro, se llama *batro* o *vatro* en Curicó, Talca y tal vez Maule; más al sur *trome* (Tomé es Tromeco), y *vautro* es una compuesta o sinantérea del género *Baccharis*, es decir la *chilca* y *peril* de las provincias centrales.

Beteraga.—Beteraba dice el vulgo, usando un galicismo compañero del *hoblón* por lúpulo, de las voces francesas *beterave* y *houblon*.

Bocado.—*Bozal* se llama y no bocado, que está bien descrito en la acepción anterior. Potro o potrillo de bozal, es el que por estar todavía a medio domar no admite el bocado del freno.

Bolita.—En el sur no dicen bolita sino *bolito* por las que se usan para jugar.

Borracho.—Uvas borrachas es una especie de conserva de diversas frutas: uvas, higos, peras, manzanas, etc., en arrope o arropía.

Braguero.—¿Habrá querido hablar del *guatero* de metal o goma para agua caliente que tanto usan los enfermos del estómago? En la acepción atribuida a Chile no lo hemos oído jamás.

Cupilca.—Dicen también *chupilca* y *tupilca*.

Chalala.—Los indios andan *a pata*, a pie desnudo. A lo más usarán botas en el vestido de ceremonia o las mujeres *sumeles*, semejantes al mocasin de los pieles rojas.

Changle.—*Clavaria coraloides*, hongo no parásito sino sapró-

fito, comestible y muy sabroso. Hay en Europa varias especies semejantes.

Chape.—El molusco a que se refiere la glosa es *la lapa* de las provincias centrales.

Chatre.—No lo hemos oído nunca para significar refajo (habrán querido hablar de *churrines*?). Siempre lo hemos oído para significar acicalado, bien compuesto.

Chavalongo.—No solamente es la fiebre tifoidea, sino posiblemente el tifo exantemático y otras afecciones con fiebre y dolor de cabeza que es lo que chavalongo significa.

Chenque.—El indio llama *choique* al *avestruz* (*Rhea Patagónica*). Siempre he creído que los viajeros alemanes introdujeron la grafía *cheuque*, porque el sonido *oi* se escribe *eu* en alemán. No hay tal flamenco.

Chingue.—El *Conepatus Chingue* es el *Chingue* de Chile, el *C. Humboldtii* es el *Zorrino* de la Argentina y el *C. Suffocaus* el *skung* de norte.

Dinacho.—Tiene Ud. como siempre, toda la razón. Probablemente el Abate tomó el bohordo florido del *Pangue* (*Gunnera Chilensis* y *G. Scabra*, familia *Halorragidáceas*) por una nueva especie del género *Panque* por él inventado. A este bohordo o tallo floral, cuando se desarrolla tierno entre las dunas, lo llaman *rahuay*—(*Rawuai* según la grafía del Padre Félix).

Estaquilla.—La estaca de la baranda del carro se llama en el sur *barandilla*.

Gato.—Muy pintoresco lo hallo. Lástima que no se use en Chile.

Guananga.—Casi desconocida en las provincias del sur. No vale la pena de conservarla.

Huirica.—No se habrá pronunciado nunca sino por los que lean en el Diccionario. No significa nada y debe suprimirse.

Ideático.—En el sur dicen *idioso*, terminación de casi todos los adjetivos productos de la región: heloso, que se hiela fácilmente, o paraje donde hiela mucho; barrioso, camino o campo que forma mucho barro, etc. De *idioso* ha salido *lidioso*; ¿pero

de dónde vendrá *contigioso*, por difícil de manejar, voluble, maniático y acepciones semejantes?

Jaboncillo.—Más especialmente es la grasa preparada para suavizar y limpiar las sillas y arreos de montar.

Loro.—Treinta años llevo ayudando a morir y siempre he oído y llamado *pato* o *pata* al orinal de vidrio para enfermos.

Lleulle.—Es como el *blandengue* uruguayo, un civil a quien se ha enrolado en cuerpos especiales de caballería. Durante la guerra de Arauco nunca faltaron cuerpos de lleulles acompañando a las tropas de línea.

Machuelo.—Cuando se vende ahumado, que es muy común, lo llaman tritre.

Madi.—Es la *melosa* de las provincias centrales y aún de estas regiones.

Manito.—Si Dios no lo remedia, ya que la Junta de Censura no lo hace con las películas, y que las numerosas revistas argentinas lo difunden cada vez más, el barbarismo *ito* por *ecito* nos ahogará: viejito, piecito, manito, y demás ejusdem surfuris.

Mardoño.—*Escallonia pulvurenta* Fers.—fam. Saxifragáceas. También se suele dar este nombre a la *ñipa* o *siete camisas*. Los españoles llamaron a muchas plantas chilenas con el nombre de plantas de su país con las que encontraban parecido. Así la *murtilla* (Uñi Molinse) que los araucanos llaman uñi.

Mayu.—El nombre científico es error de imprenta. *Sophora Macrocarpa* o tetraptera, es el *pelú* o *pilu*, árbol o arbolillo abundante en esta región, que crece también en Juan Fernández, Australia e Isla de Pascua, donde sirve para sus esculturas o *tolomiros*. El mayu verdadero, *quebracho* en la provincia de Valparaíso, es *Edwardsia Chilensis* Miers.

Meucar.—*Meducar* dice la gente más pulida. Si tiene Román toda la razón, no vale por eso la pena de usarlo en lugar de cabecear y más bien dormir. «Apenas si eché una meducadita» «Saqué la noche meducando sin poder agarrar sueño».

Milcao.—Debe decir Chiloé y no Chile.

Motrillo.—Es voz indígena apenas usada por los campesinos.

Muermo.—El ulmo, *Eucriphia Cordifolia*, no es rosácea ni

cosa que se le parezca. La familia botánica es Eucrifiáceas. La miel de abejas que han libado el néctar de las flores de ulmo es apreciadísima.

Mut্রে.—Es *mutro*. La tercera acepción no es verdadera.

Mutro.—Es *motro*. Hay una raza de *motros* importada de la República Argentina.

Panqué.—Ha tomado la Academia, como varias otras veces, la obra del abate Molina para texto de consulta. En todo el sur, desde Maule, sólo se dice *nalca* por el pecíolo y por toda la planta.

Panuco.—Usan también el verbo panucar o panuncar, comer alguna sustancia en polvo: harina de trigo o de avellana p. ej.

Paradero.—Es la estación de mínima cuantía, donde solamente paran los trenes cuando hay pasajeros.

Pilo.—Lo que se dijo en Mayu.

Pilpil.—El pilpil-voqui, Boquilla Tripoliata o Lardizabala Tripoliata es una enredadera, usada para amarrar, para hacer canastos, etc. El coguil es el fruto de Lardizabala biternata bastante diferente por su aspecto, color de sus flores y sobre todo por su fruto.

Quilco.—Usada tal vez entre los indios. No la hemos oído nunca.

Retrobar.—A propósito de esta voz, que nunca hemos oído, hay que anotar que en todo el sur usan *regaño* por reprensión, amonestación o peluca. «Echarle un buen regañ» a alguien.

Runrun.—Con el nombre de *bramadera* se va a confundir el conocido juguete hecho de un disco con dos agujeros, con el poste que se planta en los corrales para amarrar los animales vacunos, sobre todo los bravíos.

Salamanquina.—No hay tal sino *salamanqueja*, especie de lajarlija pequeña.

Sandilla.—Aquí reventó el disparate. La *Verbena erinoides*, pequeña verbena silvestre, cuyo fruto, como toda la familia Verbenáceas, está formado por cuatro pequeñas nuecesitas del tamaño de una cabecita de alfiler, se llama en mapuche sandia

lahuén, que quiere decir *yerba del incordio*. Para fruta no es muy recomendable, según se ve.

Semblantear.—Regionalismo de todo el sur.

Sopanda.—Como el anterior, para significar el sommier de resortes cubierto de tela.

Soplillo.—Se prepara como la chuchoca de maíz, y por cierto que es muy agradable.

Talonera.—La talonera no se pone en el talón de la bota: es una pieza de cuero, a veces de plata, más o menos adornada, que se lleva sobre el calzado, sea bota o zapato, para asegurar la espuela.

Tapucho.—Refiriéndose a gallinas, dicen en el sur *collonca*.

Tizonear.—Revolver el fuego de una hoguera para avivarlo.

Tocho.—No sólo la punta del pulgar, sino de varios dedos.

Trique.—*Libertia Coerulescens*.—Trique o Calle Calle.

Tropilla.—En Argentina, y va pasando a Chile, el grupo de caballerías que se lleva para remudar durante los viajes.

Zagual.—Hemos oído desde niños zaguán y nunca zagual.

Zarco.—Y también del que tiene ojos azul claro.

Y como la inagotable paciencia de mi distinguido amigo ha de estar a punto de sufrir un quebranto, pongo punto final, no sin presentar antes mis respetos a la señora y renovar la expresión de sincero aprecio y estimación con que me repito su affmo.

ALCIBÍADES SANTA CRUZ.

NOTICIARIO

EN plena producción literaria, a los cuarenta y nueve años de edad, ha muerto el escritor norteamericano James Oliver Curwood, uno de los más destacados novelistas de aventuras con que contaba la actual literatura de habla inglesa. Curwood hizo durante muchos años una vida aventurera, que le permitió conocer los bajos fondos sociales y experimentar en carne propia sufrimientos de toda índole. Y en 1908 se decidió a publicar uno de los numerosos relatos que desde niño venía haciendo, con reminiscencias de sus viajes y peripecias. En los últimos diez años la producción de Curwood había sido numerosísima, y entre sus obras no menos de diez habían merecido ser traducidas a todos los idiomas occidentales. «Los cazadores de lobos», «Los nómadas del norte», «El valle del silencio», «Los buscadores de oro», etc., habían conquistado a Curwood un público fiel en lengua castellana, para el cual la noticia de la muerte del escritor, en la plenitud de la vida, debe ser dolorosísima.

—La última obra de Henri Barbusse se titula «Les Judas de Jésus.»

—«Mussolini visto por una mujer» podría ser el título de un interesante libro sobre el jefe político de Italia que ha escrito Margarita G. Sarfatti. Esta obra, cuyo verdadero título es «Mussolini, el hombre y el jefe», comprende numerosas confidencias, anécdotas e ideas de gobierno de Mussolini, y ha sido traducida recientemente al francés con gran éxito.

—Azorín, desde su entrada en la Academia, ha abrazado el teatro con predilección a todo otro trabajo literario. Después

de haber estrenado varias obras sobre cuyos méritos han diferido grandemente las opiniones de la crítica y del público, el maestro de la prosa española anuncia un nuevo ensayo teatral. Se trata esta vez de una obra de índole histórica, titulada «Cervantes», en que Azorín trata varios importantes problemas literarios. «Cervantes» será estrenado por la Compañía de Catalina Bárcena.

—El inteligente crítico francés, Paul Souday, acaba de publicar tres estudios que versan, respectivamente, sobre Marcel Proust, André Gide y Paul Valéry. Cada uno de ellos forma un pequeño volumen, editado pulcramente por Kra.

—La Academia de Mâcon ha efectuado recientemente unas importantes fiestas literarias en honor de Lamartine, con motivo de la colocación de una placa en la casa en que el poeta vivió hasta su matrimonio y donde escribió sus célebres «Meditations». M. Georges Leconte, en representación de la Academia Francesa, pronunció una serie de discursos en los diversos actos con que se honró la memoria del poeta.

—Acaba de ser publicado un encantador «Diario íntimo» de Pierre Louys, empezado en la infancia del futuro gran escritor y lleno de interesantes confidencias. En él la crítica ha seguido paso a paso el desenvolvimiento de un artista de sobresaliente fuerza, cuya riquísima sensibilidad se manifestaba ya en las ingenuas confesiones de su adolescencia.

—«Les sources de Paul Claudel» se titula un ensayo crítico sobre el interesante poeta católico y embajador francés, que ha escrito el cronista Frédéric Lefèvre. De esta obra no se han hecho sino cuatrocientos ejemplares, de los cuales hay diez en papel Japón, treinta en Holanda y los restantes en Montgolfier d'Annonay.

—El cantante ruso Fiodor Chaliapin ha escrito sus memorias en un volumen titulado «Páginas de mi vida». Como se sabe, la existencia de Chaliapin ha sido muy variada y atormentada, pues en ella no faltan largas jornadas de hambruna y de desesperación. Sus padres fueron seres muy pobres, que apenas podían subvenir a la subsistencia del pequeño futuro artista, que

desde muy niño debió trabajar para vivir. Esta existencia, de gran fuerza dramática, ha sido narrada por el célebre cantante ruso en su libro, con simplicidad y verdad patéticas.

—El profesor francés Feugère acaba de dedicar al centenario del romanticismo las páginas de un libro en que se notan singulares dotes de crítico y de investigador. El título de esta obra es «Un grand amour romantique: George Sand et Alfred de Musset».

—Los amantes del bello libro y de la tipografía de arte van a tener un órgano de publicidad que satisfará sus aspiraciones. Nos referimos a «Arts et métiers graphiques», revista que ha comenzado a publicarse en París con escogida colaboración de escritores y de técnicos. En su comité de fundación aparecen los nombres de diversos impresores y tipógrafos de antiguo prestigio en su noble oficio.

OMEGA.

EX - LIBRIS

LOS CAMPESINOS, por *Ladislao Reymont*. Tomos III «Primavera» y IV «Verano» (último).—*Editorial Cervantes*, Barcelona, 1927.

Han aparecido los tomos III y IV de esta gran novela contemporánea que, a medida que ha ido siendo conocida del público de habla española, ha sorprendido a los lectores con el descubrimiento de un nuevo filón literario, desconocido antes y puesto en relieve por el Premio Nobel de la Literatura del año 1924: la obra de Reymont. Es desconcertante observar como un autor conquista un público extranjero con la primera traducción de una obra; y comunica de inmediato el interés de una tierra, de un ambiente y de una psicología a lectores de lengua tan diversa como la española y la polaca.

La prosa de Reymont no puede calificarse con las designaciones adoptadas para estilos como el realista y el naturalista, pues a ellos se encuentran vinculadas ciertas modalidades y características que les son inseparables y que no expresan el valor más íntimo y excelente de la obra de Reymont. En *Los Campesinos*, el autor ocupa un plano de relación muy diverso respecto de los materiales con que construye: no está apegado a ellos ni le domina el menor interés por las tesis. En su potente descripción rural hay una actitud del más puro sentir estético, que lo lleva a darnos una prosa sin literatura, de calidades concretas.

El lector aprecia la obra como algo definitivo, con todos los

valores de lo clásico, y, sin embargo, como producción de nuestra época, en todo momento muy actual.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS, por *James Brown Scott*. IV de la Biblioteca Interamericana.—*Dotación Carnegie*, New York, 1927.

Mr. Nicolás Murray Butler, Director, advierte en la introducción de esta obra: «...La División de Relaciones y Educación de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional ha emprendido la publicación de este libro con el propósito de satisfacer una obvia necesidad de información puntual. Reúnense aquí las declaraciones oficiales de nuestros sucesivos presidentes y secretarios de estado, expresa o tácitamente aceptadas por el pueblo, y que, por lo tanto, constituyen el fundamento de la política exterior de los Estados Unidos. Como lo ha indicado Mr. Root, no todo lo dicho o escrito por los secretarios de estado ni aun por los presidentes constituye una política nacional. La substancia de lo que la nación sostiene es lo que constituye su política. ...La División de Relaciones y Educación es deudora por la compilación de los materiales comprendidos en este libro al Director de la División de Derecha Internacional, el doctor James Brown Scott, cuyo luminoso comentario a las recomendaciones formuladas en la Habana realza el valor de esta publicación».

Sigue una colección bastante completa de documentos que ponen en relieve lo más importante que se ha hecho o dicho en Estados Unidos por la paz universal. Más de un centro o sud-americano discurriría enconadas críticas para esta obra de propaganda en el extranjero que presenta unos Estados Unidos paternales y ecuanímes en extremo; pero ello no obsta para que ella sea de alto interés informativo y, especialmente, para que ofrezca una demostración progresiva de la política de prescindencia en las cuestiones de Europa que ha seguido hasta hoy esa nación. Creemos que esta obra, a pesar de estar destinada a determinados fines de propaganda en el exterior, nos

ofrece más bien un esclarecimiento sobre las condiciones psicológicas internas de la política internacional de Estados Unidos.

El primer documento, de Jorge Washington (Pasaje de su alocución de despedida, 17 de Septiembre de 1796), es una prueba indiscutible del genio de ese político. En él se encuentran, en lenguaje profético, el desarrollo y poderío que hubo de adquirir su patria y la política internacional que las circunstancias han ofrecido con posterioridad como la más conveniente.

De la lectura del volumen, queda una apreciación contradictoria: para un norteameritano, él contiene toda la verdad sobre su política internacional; y para un extranjero, hay algo más que el libro no dice y que el extranjero debe reconocer que sinceramente el norteamericano no ve.

EL PRIMO BASILIO, por *Eça de Queiroz*. 2 vol. *Editorial Cervantes*, Barcelona, 1927.

¿Indica esta edición una nueva ofensiva editorial a base de Queiroz? Es muy probable. La reedición de autores de esta talla no deja de producirse nunca, y, observación que muchos habrán hecho, ella viene por períodos para casi todas las obras de un autor célebre. La causa es, seguramente, la venta uniforme a un público siempre renovado.

Con *El Primo Basilio* debió quedar agotado el tema del adulterio burgués, y, sin embargo, mucha literatura se ha hecho después sobre esto que ha llegado a ser una majadería «tipo», especialmente en Francia. Se explican los continuadores siempre que no hayan leído la novela de Queiroz.

Es ocioso dar indicaciones sobre la obra. Sólo recordaremos que esta y otras del formidable portugués producen tres clases de lectores: los fanáticos de Queiroz, que casi no tienen opinión; los que lo consideran el más grande novelista del siglo XIX, y los que lo aprecian como un gran novelista.

LAS MEJORES POESÍAS DE LOS MEJORES POETAS. AMALIA PUGA.—*Editorial Cervantes*, Barcelona, 1927.

Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, son poetisas a las que están dedicados algunos de los tomos anteriores de esta colección. El nuevo volumen, dedicado a Amalia Puga, no ofrece el interés de los otros. Para conocer a esta autora peruana, la selección está hecha con buen criterio y completa, dentro de su brevedad. Amalia Puga ofrece versos que, si bien tuvieron gran valor en su época, no se mantienen hoy día en su antiguo rango.

GLOSARIO DE REVISTAS

El mundo de las imágenes y la nueva literatura

El crítico literario de la *Revue des deux mondes*, M. André Chaumeix, ha empezado a estudiar en sus artículos quincenales de la citada publicación algunos de los caracteres fundamentales de la nueva literatura. Del artículo consagrado a las imágenes en la literatura de hoy, extraeremos algunos acápites de especial interés.

«Uno de los rasgos más atractivos de la joven literatura—escribe M. Chaumeix—es la abundancia y la rapidez de las imágenes. No hay libro en que el lector no vea pasar espectáculos variados, que pertenecen a todas las partes del mundo y a todos los mundos, sobriamente evocados, cogidos al vuelo. La descripción, según el método de Flaubert, ha llegado a ser excepcional». A continuación cita M. Chaumeix algunos de los escritores que figuran en esta vanguardia literaria y las obras de los mismos en que se revela más eficazmente la característica

que le ocupa. Luego dice: «M. Paul Morand, por sus anotaciones breves y terminantes, M. Jean Giraudoux, por la profusión sutil de su estilo poético, han sido los primeros en coger al paso todas las figuras del universo. Pero algunos escritores que no se les parecen en nada y que por su formación o sus gustos pertenecen a escuelas muy diferentes, han hecho aparecer recientemente el mismo arte de las descripciones en series fragmentarias, por pequeñas tablas sucesivas. Hay aquí una especie de impresionismo nuevo».

A seguida el crítico se pregunta a qué se debe este estado de espíritu, cuyas manifestaciones literarias es curioso seguir, y luego escribe: «Es necesario tener presente, entre las causas que explican esta manera de ver, la influencia del cinema. Se gusta o no del cinema; pero se trata de un arte que tiene sus leyes propias, fundadas sobre el estudio de la luz y del movimiento, y es un arte potente, llamado a tener una difusión cada día más considerable. Le

debemos muchos conocimientos nuevos. Puede imaginarse que facilitará magníficamente un día la instrucción de los niños. La historia natural, la botánica, la geografía, son ya el objeto de los más curiosos films... El cinema ha entrado en las costumbres: ¿cómo no habría de ejercer su acción sobre las maneras de sentir y de mirar?»

El influjo del cine ha dado al arte de hoy su gusto por lo transitorio y fugitivo: «Siempre las artes, y la literatura lo mismo que las demás, han buscado fijar momentos de la vida que se escapa a la eternidad... Por una tendencia contraria, la atención de los escritores de hoy va, no hacia lo que dura, o hacia lo que se quisiera ver durar, sino hacia lo que pasa. Se interesa no en lo que es permanente en esencia y en lo que se renueva sólo en la forma, sino en lo que es pasajero. Quiere verse al mundo haciéndose, o más bien deshaciéndose».

Después de examinar diversos otros aspectos del problema, M. Chaumeix termina preguntándose: «¿A dónde conducirá este gusto del impresionismo, este frenesí de cambio, esta afición por lo discontinuo y por las imágenes sucesivas? Sin ninguna duda, a una renovación de las disciplinas intelectuales y a un deseo rejuvenecido de entender. Lo mismo que el abuso de la voluntad de poder y del egotismo conduce al sentimiento,

así también el culto excesivo de la sensación conducirá a operaciones intelectuales y al respeto del entendimiento... La rapidez de las imágenes y la uniformidad creciente del mundo invitan a conservar las únicas diferencias esenciales: las que arrancan de la naturaleza del alma. Todos los países podrán ser parecidos; las construcciones parecidas, las usinas y las máquinas parecidas, los hábitos y los usos parecidos. No quedará sino que la luz del sol está desigualmente repartida sobre el globo, y que los individuos tienen cada uno su carácter y sus pasiones».

Al final de su interesante artículo, M. Chaumeix dice: «Puede ser que nos equivoquemos sobre lo que es para el espíritu la representación del mundo, cuando se trata de la literatura. La ciencia se apoya en la observación de los hechos; la acción necesita del conocimiento del mundo externo; la primera regla de los escritores es también la sumisión al objeto. Pero desde que llega el momento de expresarse, nada nos prueba que la reproducción exacta de las imágenes baste al arte literario. Todo nos invita, al contrario, a pensar que el gran escritor es el que transpone y crea. Las verdaderas imágenes no son las que nosotros vemos: son las de los poetas, que las piden a la realidad, pero que las transforman según la magia que es su secreto y que hacen

de ellas una realidad del espíritu, superior a la del mundo sensible. Para actuar y para construir, el mundo exterior es tal vez el de la mecánica, que depende, sin embargo, de la imaginación creadora de los sabios. Pero para el alma, el mundo de las imágenes es el de los mitos».

Transcribe el crítico, al término de sus observaciones, una bella poesía de Rudyard Kipling, en que cada estrofa es una imagen novedosa y admirable, y en esta forma asienta su convicción de que la literatura atraviesa por una etapa de tránsito, al fin de la cual volverá a tomar el rumbo que ahora parece haber perdido.—S.

La juventud de José Conrad

La existencia del gran escritor inglés-polaco José Conrad, que se extinguió en 1924, es una de las más bellas y dramáticas que haya podido sostener artista alguno. G. Jean Aubry, autor de un extenso libro sobre esta vida, acaba de resumir en un interesantísimo artículo publicado últimamente en Buenos Aires la vida infantil y juvenil de Conrad en Polonia. Cedámosle la palabra:

«Casi nadie ignora hoy que, por una sucesión de circunstancias extraordinarias, Polonia dió a Inglaterra el más grande escritor nacido a comienzos del

siglo XX, y uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos: José Conrad. Pero, hasta en Inglaterra y en Polonia, las circunstancias precisas de esta metamorfosis y las condiciones de esta genial aparición permanecen todavía bastante confusas».

M. Aubry, a fuerza de rebuscas en la Polonia, logra fijar algunos hechos importantes para el estudio de la vida del escritor. José Conrad Korzeniowski nació en Terechowa, cerca de Berditchew, en Volhynia, el 3 de Setiembre de 1857. Ese lugar está actualmente incorporado a las tierras del Soviet.

Los padres de Conrad fueron un joven patriota polaco, aficionado a las letras y a las artes, Apolo Korzeniowski, y Evelina Bobrowsca, hija de un culto hogar al cual no eran desconocidos los placeres del arte y de las letras. El amor de Apolo y de Evelina se vió entorpecido por consideraciones políticas y familiares durante varios años, y sólo vino a consagrarse por el matrimonio en 1856, muerto ya el padre de Evelina, que no aceptó la entrada a su hogar de aquel exaltado escritorzuelo, de buena familia, sin duda, pero carente de toda posición social y económica. José Conrad fué el único hijo de este hogar que sufrió diversas vicisitudes, hasta que fué destruído prematura-

mente por la muerte de Apolo y de Evelina.

Después de vivir en dos o tres ciudades provincianas, sin alcanzar nunca la posición soñada, Korzeniowski se fué a establecer en 1861 a Varsovia, centro de la agitación patriótica polaca. «Su actividad literaria (la dirección de la revista titulada *Le Monde*)—dice Aubry—no era más que un pretexto. Fué a vivir en una casa que en la misma Varsovia pude identificar por primera vez, según documentos existentes en los archivos. A fines de aquella misma primavera fueron a reunirse con él su esposa y su hijito. Mucho después, Conrad evocó los recuerdos confusos e impresionantes de aquel departamento en que se realizaban reuniones misteriosas de conjurados poloneses que trabajaban por la liberación de su patria».

En Octubre de 1861 la policía rusa aprehendió a Apolo Korzeniowski, y aún cuando en el proceso instaurado contra él no pudieron verificarse cargos concretos, fué deportado a Vologda, al norte de la Rusia europea. En 1862 la mujer del condenado partió a hacerle compañía, acompañada de su hijo. La estancia en Vologda se prolongó durante un año, tiempo suficiente para minar la salud de los dos esposos. Una petición de éstos para ser trasladados a sitio menos insalubre fué atendida por la autoridad

del Zar. Poco después el matrimonio se encontraba en Chernenikof, lugar cercano a la frontera polaca. En Abril de 1865 falleció la señora Korzeniowski en el destierro.

«A pesar de la presencia del hijito, que tanto necesitaba de su apoyo y de su consuelo, Apolo Korzeniowski pareció, después de la muerte de su compañera, haber perdido toda esperanza y toda razón de vivir... En los últimos días de 1868 el gobierno ruso, seguro de que la salud del condenado era tan mala que ya no se le podía considerar peligroso, lo puso en libertad, entregándole para él y su hijo un pasaporte para «dirigirse a Argel, a la isla de Madeira». La falta de dinero y la fatiga física no le permitieron llegar tan lejos; no debía abandonar el territorio de la antigua Polonia. Pasó algún tiempo en Lwof, donde se dedicó a algunos trabajos de periodismo; pero la preocupación de los estudios de su hijo y la insistencia de un amigo le hicieron trasladarse a Cracovia a principios de 1869, donde murió en el mes de Abril subsiguiente. José Conrad quedó huérfano a los doce años...»

El futuro escritor, joven sensible y nervioso, aquejado a menudo de serios dolores de cabeza que imposibilitaban sus estudios, «permaneció en Cracovia desde 1869 hasta 1874». «Fué allí — escribe Aubry —

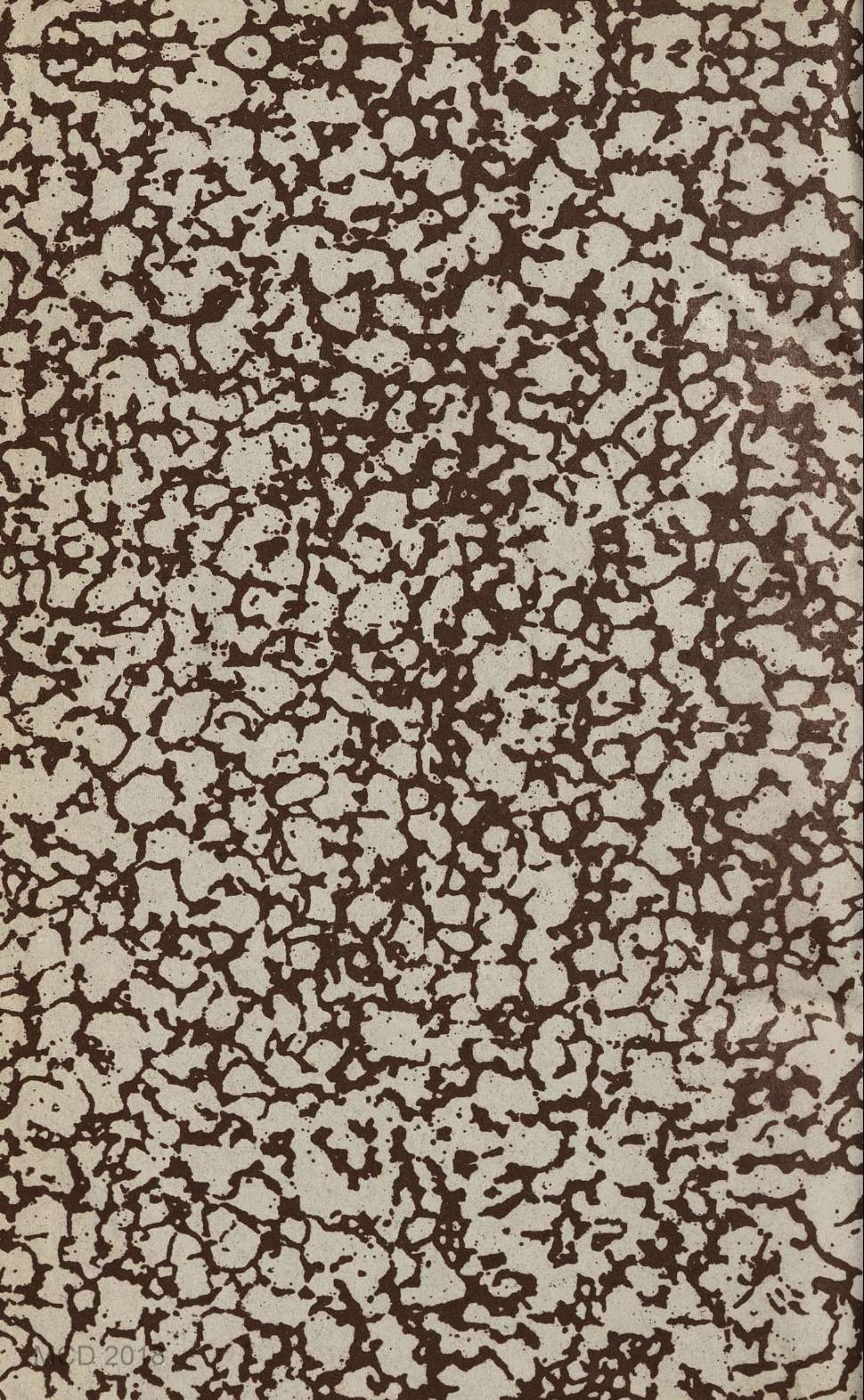
donde vivió los años en que se forman las impresiones más durables y las tendencias particulares del temperamento y del espíritu». Y, en efecto, en varios de sus libros rememora con entrañable entonación algunos sitios de la vieja ciudad polaca que durante tantos años no iba a ver.

Entonces fué cuando nació en Conrad una misteriosa afición: mediterráneo, e hijo y nieto de mediterráneos, el futuro escritor se sintió atraído por el mar. El 14 de Octubre de 1874 Conrad toma el tren que lo había de llevar a Viena y luego a Marsella y, en fin,

hacia todos los puntos que luego había de recorrer vestido de marino. Hasta que un día, cansado de aquella peregrinación, había de anclar en Inglaterra y había de remontar la corriente subterránea de sus recuerdos para fijar en las páginas de diez, de veinte novelas admirables, las impresiones de su juventud y de su madurez, bajo todos los cielos y sobre todos los mares.

¡Misterioso destino de escritor, merced al cual pudo fraguarse esta vida doliente y desarraigada, fuera de su centro, siempre añorante de lo fugitivo y de lo eterno!—S.

a
a





MIL 20 19

BI